



Puente Genil y Semana Santa son palabras que, cabalísticamente, tienen el mismo número de letras: once. ¿Es que no son una misma cosa?, ¿Se es “mananero” por pontanés o pontanés por “mananero”? ¿Qué es lo sustantivo y qué lo adjetivo?. Puente Genil - lo hemos dicho muchas veces - es una Semana Santa con un pueblo alrededor y todo lo que no pase esta criba o esté tocado por esta gracia, por esta divina inspiración de lo esencialmente semanadero; cualquier ataque ciego a nuestras raíces están condenados al anonimato, al transitar oscuro, cuando no al más rotundo de los fracasos. Un espíritu fuerte - trenzado con fibras de corazones - agita y mueve durante todo el año el ánimo emprendedor de nuestros hombres, la turbina de la fábrica y el humo altivo que se eleva - flor del trabajo - a nuestro cielo.

Así pues, bajo la mirada del Nazareno me dispongo, unto a todos vosotros, a recorrer y evocar algunos de los momentos más gloriosos de nuestra Semana Mayor, pasando sólo por encima, en un trasunto lírico de lo más sublime, pues necesitaríamos, al menos otra semana, para aproximarnos siquiera a los primeros círculos de su inmemorial grandeza.

Mi homenaje más caluroso, mi aplauso más rendido, mi admiración más profunda, con mi reconocimiento, a todas aquellas personalidades eminentes, poetas de fuste y manaderos de corazón que me precedieron en esta tribuna y que nos han dejado ese extraordinario tesoro lírico, ese arsenal de erudición, cantera inagotable a la que siempre habrá que recurrir. A todos ellos mi afecto y mis disculpas por si, con evidente osadía, me sumo a su nómina ilustre con los pergeños de este Pregón.

He de reconocer - sin falsas modestias - la sorpresa ante mi nombramiento porque siempre me he considerado, simplemente, un trabajador de la Semana Santa. Uno de los que empujan desde abajo. Esta noble condición me la inculcó mi padre y siempre he asimilado que el mejor “mananero” (como dijo mi hermano de Corporación José Manuel Reina en su pregón) es aquel que lucha “en las sombras y en silencio”. Por eso, permitidme, que a manera de introito, le dedique un saludo a todos aquellos que sin tener una tribuna para proclamar su “manantería”, entregan su vida y su corazón por elevar nuestras tradiciones:

Mi primer canto a vosotros
que trabajáis en la sombra.
a ese río de cauce oculto
que tantas veces se ignora.
A esos que tanto luchan,
empujan y nadie nombra...
Los que callados y humildes
nadie ve, pero se notan...
Pintores e imagineros
que a Cristo y María dan forma
con sus gubias y pinceles
carpinteros; los que doran
esos pasos deslumbrantes
que en nuestras calles asombran...
Orfebres y dibujantes
que ennoblecen cuanto tocan...
Los sastres y costureras.
Las labores de las monjas.
Los que quemando sus ojos
los mantos y palios bordan...
¡Todos aquellos que ponen

el corazón en la obra...!
Priostes y camareras
que visten a la Señora...

A los que limpian la plata
y los altares exornan;
los que fabrican la cera
y con primor la colocan;
los que cultivan las flores...
Ya esos artistas que logran
que los pasos cuando salen
sean un “cachito de gloria”...
Los del botijo y la caña,
los del incienso que flota
inundando nuestras calles,
de tan celestial aroma...

¡A todos los que dedican
al año cientos de horas...!
¡Los que montáis sin ser vistos
esta soberbia tramoya...!
Los que hacen los rostrillos
de cartón y de escayola
curtidores y artesanos
de zapatillas y botas;
los que a golpes, del metal,
cascos y espadas transforman...
Los insignes alpatanas
que nos escancian la copa;
cocineros y ayudantas,
cuyas mesas suntuosas,
ponen trono a la poesía
y a las saetas corona...

Al que toca la campana...
Músicos, que con sus notas,
llenar el aire de vida
y al alma nos reconfortan...
Y a ese saetero sin nombre
que nadie paga ni glosa,
que en una calle cualquiera
el corazón nos destroza...
Mi canto a los “bastoneros”
que sobre sus hombros portan
al Bendito Nazareno
y a su Madre Dolorosa...
Anónimos costaleros
que tanto sufren y lloran,
bajo las trabajaderas,

sin que su rostro conozcan;
y al capataz que gritando
termina con la voz rota...

Nazarenos, penitentes,
cuyo rostro nunca asoma...;
las mujeres que renuncian
a tantas y tantas cosas t
transmitiendo a nuestros hijos
esta tradición gloriosa...
¡Los que por su Cofradía
se quitan pan de la boca...!
...Y al que, impedido o enfermo,
detrás de cristales llora...

A todos vaya mi canto
que sea mi mejor estrofa
porque sois el cañamazo
sobre el que este pueblo borda...
Vosotros sois el cimiento
que a nuestra Mananta apoya
y siempre seréis ejemplo
trabajando... y en las sombras.

Muchos me han preguntado alguna vez - y más en estos últimos años en que pretende crearse una cierta dicotomía -que si yo era, antes o más, cofrade que “manantero”. Siempre he respondido que en Puente Genil jamás se ha entrado en problemas semánticos. Se ha querido y se ha luchado por nuestra Semana Santa en bloque, de corazón. Por eso:

De qué más o de qué menos
que no me pregunte nadie;
porque nací manantero
y me parieron cofrade.
Nací una Semana Santa
y me mecieron mis padres
con “marchas” y con “alondras”
con Misereres y ‘Mater’...
Que en Puente-Genil la gente
manantera es cuanto nace
y saben cantar saetas
desde el vientre de su madre...
De qué más o de qué menos
que no lo pregunte nadie...
Que no se puede enfrentar,
ni separar, ni hacer partes...,
Porque las Corporaciones,
las Cofradías y Hermandades,
son dos ramas poderosas
que de un mismo tronco salen.

¡No me vengan a decir
que la tradición no vale...!
Si es la Ley que el pueblo cumple
quien la quita y quien la hace...
que a todos nos inculcaron
este gusto y este arte,
de sentir como sentimos;
de correr por la sangre
esta manera de ser
que es nuestra esencia y carácter...

Aquel que quiera sentir
que se pierda en nuestras calles,
que se adentre en los cuarteles,
que respire nuestro aire...,
...y así se hará manantero,
hermano y mejor cofrade,
entregando el corazón
y sin que lo enseñe nadie.

El ínclito poeta cordobés Juan Bernier, refiriéndose a nuestro pueblo decía: “Es la tierra de Puente-Genil la que pone el molde a sus hombres”. Y así es: Es la tierra sacrosanta que pisamos y que, devotamente, un día queremos que nos cubra; es el aire que respiramos, de redobladas querencias, porque lleva el aroma de cada tiempo; es el cielo cantado por nuestros más preclaros poetas y es sobre todo, la sin par alegría de nuestro carácter alegre que resplandece, sin solución de continuidad, a lo largo de todo el año, porque nuestro pueblo conjuga siempre, en admirable armonía, su acendrada religiosidad con su indeclinable espíritu festero.

Por eso - tras la bucólica celebración San Marcos - con el día de la Cruz, la Semana Santa agota sus ecos y, como zarandeándonos del síndrome de abstinencia provocado por tan sublimes vivencias, nuestro espíritu se levanta y ensancha buscando por amables rincones la renovada tradición de las Cruces de Mayo, o, nos elevaremos, entre las rosas de pólvora y el esplendor floral del Romeral, acompañando a la bellísima Virgen de los Desamparados. Y llegará junio y con él las celebraciones Eucarísticas: La Fiesta del Cristo Vivo. Mientras en los campos, rubias las mieses, ofrecen cuajadas espigas y en las cepas, inmaduras y verdes todavía, las uvas que mañana serán vinos generosos. Y Cristo, Real y Presente, atravesará nuestras calles - en singular privilegio - elevado por hermosísimos arcángeles genuflexos... .Y no podremos alejar el desbaratado recuerdo de rememorar aquellos Corpus de lo niñez - en Jueves solemnísimos que nunca debió de desaparecer - en los que, desde el día anterior, se derrumbaban los campanas de todos los iglesias y conventos en singular, omnipresente y profusa sinfonía: “Tolón-tolón que mañana es el Día del Señor...” Y todas las esquinas y plazuelas se poblaban de aquellas casetas de lona que ofrecían la peculiarísima tradición pontana del turrón que alcanzaba colosal maestría en las manos de aquel inolvidable “Teodorito” que en su esquina de ensueño de la calle de Santa Catalina tenía su emblemática confitería...Y añorar aquella alfombra de juncia, de hierbas olorosas, para el paso del Señor, cuyos fragantes aromas se nos colaban en el alma infantil (siendo objeto, después, de mil diabluras) como el anuncio rutilante de la inminente y triunfal llegada del verano. Hoy, sólo el castizo Barrio de Miragenil, en sus renombradas Fiestas del Domingo Santísimo, conserva la pátina de aquellos días grandiosos mantenidos por la alegría y generosidad sin par de sus gentes.

Y las fiestas del Corpus abren esa jubilosa, empática e interminable, cadena de verbenas rutilantes en que rivalizan durante el estío, barrios y aldeas, entre típicas banderitas, luces multicolores y húmedas y temblorosas ramas - prendidas en los ventanales - de tarajes y albiverdes álamos de las riberas. Y todo ello culmina, de alguna manera, con la Feria Real de Agosto y el abrazo de tantos hijos que vuelven al pueblo... Todo el año nuestro pueblo alegre, abierto, festero hasta la extenuación...

De todos los elementos que configuran nuestra impronta, junto al puente - que no sólo es de piedra, sino de afanes y sentimientos- es el río, nuestro Genil, su gran portavoz. No sólo nos da el nombre, hasta apropiárnoslo con legítimo orgullo, sino que derrama sobre la tierra y los hombres su señorío impoluto, de tantos siglos; su amalgama de culturas y la lírica profunda de nuestros preclaros poetas, que cincelaron sus mejores estrofas a sus orillas.

Los de antes y los de ahora, que en número infinito florecen para cantar a su pueblo. También yo, a esa conjunción admirable del río y del puente le canté:

Derramando la vida en tus riberas
de la sierra de Nieve al fértil llano,
de tu imperio gentil y soberano
trémolas orgulloso tus banderas.
Jactancias de rotundas primaveras
pregonas ¡oh Genil!, moro y cristiano;
y a golpes de cristal, el son gitano,
la copla de tus aguas mensajeras.
¡Oh río de la nieve y de las flores
que arrastras oro y vida en tu corriente!
- Mi pueblo se alza blanco en tu camino -
detén por un momento tus clamores
abraza con amor al viejo puente
y busca al Guadalquivir: Tu fiel destino.

A caballo de tres provincias, nuestro pueblo, nunca tuvo murallas que lo cercaran, sino que tendió siempre el puente de la concordia y de su alegría sin par a todos los puntos, a todos los hombres. Vestigios arqueológicos, legendarias epopeyas, ennoblecen con sus huellas nuestro término, disseminados, como sueños venturosos de un pretérito inconcreto y evanescente. Sólo el puente y la gloriosa ruina de Castillo Anzur se immortalizan en el blasón heráldico de nuestro pueblo.

Puente Genil parece haberse ido construyendo en un continuo esfuerzo escalador. Las alas del espíritu lo han ido siempre elevando de ABAJO A ARRIBA, por tortuosas pendientes desde los barrios bajos, de evocadores nombres, trepando sin descanso, hasta encontrar un breve rellano en el artístico templo de nuestra Patrona, la Madre de Dios, y rematar en el antiquísimo Cerro de San Cristóbal - hoy Santuario del Patrón y ático espiritual de La Puente - y desde allí, en un afán imparable, en un titánico impulso, expandirse por los modernos barrios de la Matallana... Porque el sueño del pontanés ha sido siempre, ir hacia arriba, dominar las cumbres y advocar el lugar, como credencial eterna, con un nombre santo.

De abajo a arriba, recorreremos siempre con ilusión, buscando o recreando lugares comunes e, incluso, tristemente ignorados.

Buscaremos - en un itinerario sentimental - la casa donde nacimos o esa esquina entrañable donde jugábamos; o aquel portal de ensueño donde, a hurtadillas, robamos el primer beso o pronunciamos, a fuego, la primera palabra de amor. No importa que esté transformada o demolida, porque estará siempre en el corazón...

¡Barrio de Miragenil, rehén de Córdoba, suspiro de Sevilla! Mirador abierto al río con la eterna y pregonada gracia de su torre del Señor Santiago... Pasando el puente, contemplaremos los cañaverales, la azuda del singular edificio de “La Alianza”, sintiendo la tentación de mirarnos en las aguas verdes y azules de acuarela - ayer tan claras - o de pasar con la Barca - dulces recuerdos- a tan paradisíaco paraje, nunca bien valorado...

Y recorrer las calles de amable quietud, casi en sagrado silencio, del Barrio de la Isla, que parece estar esperando siempre a su Virgen de la Soledad. Y ennoblecernos con los edificios de la calle de la Plaza; recalar en el devoto compás del “Paseito de la Victoria”, con los azulejos siempre vigilantes de Cristo y María, que nos persiguen con su omnipresente mirada y allí, evocar a los Padres Franciscanos, cuyas enseñanzas y cuyos rezos parecen flotar entre las columnas del poético claustro y en el ángulo, dormido y arrullado por las palomas, de la solariega casa de los Reinas, de Aníbal González... Y contemplaremos la bellísima panorámica, donde se ensancha el alma, desde el Castillo y la Calzada, y, todas las calles apiñadas - como levantisco rebaño - del señero barrio del Cerrillo. Ya no están las ruinas de Santa Catalina, ni la Fuente de la Barrera, ni bajan con sus borricos los arrieros... Pero encontraremos la Plaza de la Mananta y, en bronce, esculpidos, dos egregios servidores de nuestra Semana Santa... Y aún nos acercaremos a contemplar el triste abandono de la Ermita del Señor del Río - ya sin su cuadro milagroso - cargada de leyenda, ante cuya reja los forasteros y caminantes arrojaban unas monedas y desgranaban una oración... Y la punzante ruindad del Asilo de Santa Victoria... O, subiendo por empinadas cuestas, al faltarnos el resuello, penetraremos en el artístico Santuario de la Madre de Dios, nido sempiterno de mensajeras golondrinas y, sobre el zureo de las palomas de su torre, rezaremos una Salve a la Patrona y, confortados por su Gracia, seguiremos subiendo por la señorial calle de Aguilar; la panadera del Horno, artesanal de Tintor... Y encontraremos la Placita de la Veracruz que sigue llorando por su fuente, por su pilar de piedra desgastada por aquellos cántaros...; por romances y sueños...

Desde cualquier rincón el reloj de la Concepción nos irá marcando, implacable y dulcemente, las horas. E iremos encontrando las buenas gentes de nuestro pueblo que, en febril actividad o pacífico contemplar, desgranán la menuda, pero sublime, prosa de nuestro cotidiano discurrir. Y, desde cualquier punto, como el ERRANTE PEREGRINO de nuestro inolvidable Miguel Romero, ascenderemos por la calle de la Amargura, al Monte Santo de Puente Genil: a Jesús. Allí todo sigue igual. La mirada dulcísima del Padre nos confortará, te aliviará si lo necesitas y te iluminará siempre, como punto de referencia de tu vida y de tus pasos. Si algún día sientes zozobra, si te zarandean vientos oscuros y depredadores, sube y reza conmigo, este Credo:

Cuando llena de angustia y desolada
mi alma,, sin la Fe, se sienta hundida
siempre encuentro la calma de mi vida
en la paz de Tu ermita sosegada.
Cuando hastiado de ver ya no veo nada
y la senda de mi ser cruzo perdida,
siempre alzo mi vista dolorida
al camino de Amor de tu mirada.
Cuando sordo a la voz de mi conciencia
y ciega mi razón a toda luz,
cercado por las dudas, ya no veo...
Siempre vuelvo con pasos de inocencia
Y al cobijo de la sombra de Tu Cruz
Te grito, de rodillas: SEÑOR, CREO...

Y todo será después nuevo, distinto, grandioso...Sobre la arcilla del Camposanto de ayer, florece un hermoso parque, homenaje a nuestro genial Fosforito, por el que se abre el barrio de Santo Domingo de popular y atrabiliaria construcción. Llegaremos al “Cerro de los Moriscos” y divisaremos la poderosa curva del río y las casitas, renovadas, del barrio gitano de Buenos Aires. Accederemos, después, al Paseo del Romeral y, por la amplia Matallana o por los contados pasos de la Cruz del Estudiante, de romántico nombre, verificaremos la vitalidad del luminoso barrio de San José, cuya Parroquia - de desafiantes torres - nos recordarán siempre al inolvidable Padre Celestino. Y el laberinto de calles, hermosas y blancas, que han ido mordiendo al campo para reclinarse sobre las suaves lomas donde, en lontananza, casi dormido, vuelve a asomarse el río...O, al final, como en un plácido viaje, retomaremos largas avenidas, que nos acercan a los barrios nucleados por la Estación - con la sangrante ruina de la fábrica del Carmen -, que reflejan la inteligencia y la laboriosidad ingente de sus hijos y que es como un fuerte grito de exigencia, como un aldabonazo de atención, a todo aquel que entra o sale de lo mucho que queda por hacer...

He querido dedicar este brevísimo homenaje a la ‘Tierra’, que no es extraña disgresión, sino canto preliminar al escenario de estos días grandes.

La Semana Santa, en Puente Genil, es como el río: pasa. Está siempre viva con mayor o menor caudal. ¿Es que empieza o acaba alguna vez?. En todas las fiestas, los artífices y animadores natos son siempre los hombres de la Semana Santa que, bien por proximidad a sus cuarteles o por defensa de lo tradicional se transforman en los motores de los barrios, de las alegrías y como no también en los mitigadores físicos, en benefactores, de los débiles y necesitados.

Apenas declina el estío, cuando el agridulce sabor del membrillo domina todos los ámbitos, aún con los calores resistentes y pegajosos, entre el aroma suave y penetrante de los nardos, se abre Septiembre, y el fuego semanadero se aviva en torno a María, por las fechas de la Natividad, que antaño hicieron famosas las de la olvidada Virgen de la Piedad. Con Octubre, la renacida tradición del Rosario de la Aurora, nos llevará - una ya tarda amanecida - a acompañar a la Virgen del Amor por las geométricas calles de su barrio. Y otros cultos irán congregando hermanos, acelerando reformas y, cuando domine Noviembre, en los templos, muchas de nuestras Dolorosas se vestirán de negro luto - en réplica a una sociedad que lo relegó al olvido - y nos reuniremos un día para rezar por los hermanos que se fueron. Y Diciembre, pisará frío y la piadosa costumbre de nuestros antepasados encenderá lamparillas en los balcones y ventanales, recordándonos que la Patrona está en la Parroquia Mayor. Y el ocho de Diciembre, como cada año desde 1650, templaremos la voz para renovar el juramento en el que nuestro pueblo se adelantó dos siglos a la Iglesia en proclamar que María fue, es y será siempre Pura e Inmaculada y que Puente Genil está a Sus plantas, por la Gracia de Dios.

Ilusionadas participaciones con los Santos Titulares nos acercan a la Navidad. Villancicos, Belenes, Bolsas de Caridad, Juntas en las Corporaciones...Y cuando el último Rey Mago - en cuyas carrozas pusieron su mano los hombres semanaderos - entrega el último juguete y cuelga la última ilusión en el más elevado de los balcones del pueblo, por entre las heladas y fríos de Enero se adivina, que se acerca el tiempo grande. Y un día, advertiremos que los días se van alargando; otro, que las tardes insinúan tibieza y que, brotes tiernos y atrevidos, empiezan a romper las yemas de los árboles del Romeral; otro, que el valiente almendro, por la Candelaria y San Blas con sus imperecederas nostalgias de “rosquitas” y “busilis” - se cubre de blancas flores o que, con cabal puntualidad, llegaron las cigüeñas al torreón de la Aurora... Y un día, por fin, descubriremos alborozados, la primera convocatoria de Cultos y nos palpitará el corazón más fuerte al percibir la primera bocanada de incienso, al estremecerse el cielo con la algarabía de cohetes y campanas. Y, definitivamente, comprobaremos esa emoción, renovada cada Cuaresma, cuando la Virgen de los Dolores sube al camarín de Jesús....,

Y el Jueves Lardero será la primera llamada manantera. Desde la madrugada anterior, como en esos juegos alpinos, los cohetes y sus ecos, se llaman y replican, de cuartel a cuartel. Todo está preparado. ¡Llamada manantera!. El primer tañir de la Campanita delante de la muchedumbre entremezclándose, poderosa y dulcemente, entre las músicas romaniles hacia la Plaza de la Mananta. ¡Jueves Lardero! ¿Es que no es la “Campanita” el primer y mejor PREGON que nuestra Semana Santa tiene...?:

Tú no llamas Campanita, con tus voces.
Tú no gritas, ni asustas, ni molestas.
Tú te cueles en el alma despacito
con un hondo sabor de horas eternas...
Tú nos sabes despertar en la mañana
y embriagarnos con tu tierna cantinela...
Tú nos traes desde lejos, tantas cosas:
Recuerdos...!cosas vivas...! Cosas muertas...
Tú eres campana mayor
aunque no tengas iglesia.
Por eso, aunque no te nombren
ningún año, pregonera,
yo te nombro, Campanita,
y al más alto Pregonero
ese que todos escuchan:
JUANILLO EL CAMPANILLERO.

El tiempo esperado ha llegado: La Santa Cuaresma. ¡Si Santa! ¿O es que durante todos estos días no nos sentimos todos más buenos, más santos? ¿Es que durante estos días no volvemos, con alma de niño, a nuestras ermitas, a nuestros templos, rehacemos sobre nuestras frentes la señal de la Cruz?. ¿No recomponemos los trozos desvaídos de aquellas oraciones que nos enseñaron de niños? ¿No caemos de rodillas, no imploramos ante el sacerdote el Perdón y la Penitencia; no rezamos con los ojos anegados de lágrimas ante nuestro Cristo y ante nuestra Virgen; no recibimos con unción sagrada, con el olmo contrita al Señor Sacramentado?. ¿No nos abrazamos con todos; no compartimos la mesa; no cantamos; no nos sentimos poetas y se nos ensancha el alma; no amamos sin límites y nos entregamos a Dios y los hermanos?. ¿Puede brotar mejor flor de Santidad?.

¡Cuaresma!. Esa conmoción general y extraña que nos agita y electriza: Tambores y músicas enervantes. Promiscua y abigarrada muchedumbre desde los barrios, bajos y hondos, hasta la Cumbre enhiesta del Santuario Nazareno. Calles y plazas abarrotadas. Balcones y puertas que acogen a grupos entusiastas. Humos de bengalas que se agarran tenazmente a las gargantas. Solícitos alpatanas que nos escancian, ritualmente, doradas “uvitas” que saben a gloria ...Y en el Calvario, el Miserere traspasa y nos estremece el Mater con sus quejidos lastimeros. Con el airecillo - prendidos de oraciones - se balancean suavemente los fanalillos de los azulejos del pórtico. Guiñan - como un mensaje desde la Eternidad - los faroles que custodian la Cruz de cerrajería.

Los Romanos - heraldos callejeros de la Cuaresma - descienden luego, calle abajo, hasta perderse, colgando en la noche, que apunta primavera, redobles y músicas.

Así suben y así bajan estos heraldos, pregoneros callejeros de la Cuaresma, a los que el pueblo, a la caída de la tarde, llama “Chusma” y a la plenitud de la noche “Romanos”, viendo en ellos a los que en los grandes días, vestidos de gala, atronarán las calles con su presencia.

Las Corporaciones, ceremoniosas, bajan más despacio, recreándose, sembrando en el aire emocionado, sus saetas limpias que quiebran la tenue madrugada, aproximándose a sus cuarteles.

¡EL CUARTEL!. El cuartel es el motor poderoso del espíritu singular de nuestra Mananta. Todo se articula, se levanta y sostiene a su sólo conjuro. Al socaire de su techo prende un fuego de hermandad sempiterno. ¡Cuarteles!. De los que en misteriosas noches cuaresmales nos sorprenden y arrullan en el apretado caminar por perdidas calles o recoletas plazas. Cuarteles, cuyos ecos sublimes de madrugada nos llaman y conmueven con el vigor de sus cantos o el ronco acento de sus tambores. ¡Cuarteles!. Faro y norte. Punto de referencia en nuestras vidas. Ilusión de juveniles años. Estrella encendida en la madurez. Caricia mitigadora en la adusta vejez. ¡Corazones abiertos! Puente Genil, que no tiene tantos monumentos como quisiéramos, ni tan pocos como algunos nos quieren reconocer, tiene sus mejores MONUMENTOS en los cuarteles, porque cada casa de nuestro pueblo es un CUARTEL y cada uno de sus habitantes un HERMANO que prepara la “batalla”, forjando los cuerpos y templando los espíritus para estos días santos...

¡Cuartel! ¡Cómo contarte el lugar que ocupas en mi corazón!. Aunque el nivel de vida los haya, naturalmente, transformado en confortables estancias, me vais a permitir que, a manera de homenaje, tenga un cariñoso recuerdo para aquellos cuarteles modestos, efímeros y adorables, en los que todos - un día de juventud - tuvimos devoto vivencia:

Cuartel antiguo:
Viejas paredes de cal
una tabla y dos banquillos.
Los techos altos, de vigas
y los suelos de terrizo.
Un mantel blanco, de hule,
y veinte sillas de olivo.
Cuatro platos de aceitunas
y diez botellas de vino.
Una despensa muy grande
...y muy pocos efectivos...
En la cocina, una olla,
hierbabuena y un caldito...
La sala grande. Unos cuadros
con retratos amarillos;
una vieja cuaresmera
y los “Santos” más queridos...
Maniqués desvencijados...;
En la pared los rostrillos...;
y en un armario, prestado,
las “ropas” y los “martirios”..
¡Aquellos cuarteles viejos
de sacrosanto recinto,
donde el blasón más preclaro
era el amor y el cariño...!
...Donde cantaban saetas
“cuarteleras” y a su estilo:
José “El Seco” con Juan Hierro
y su hermano ‘Manolillo’...;
“Loren Reina”, Antonio Illanes,

“El Balilla” y “El Chiquito”...;
donde quebró sus “jonduras”
el Cante de Fosforito...
Viejos cuarteles ¡Reliquia
de un tiempo más que divino...!
Aunque ya sean más lujosos
hoy los saco del olvido...,
porque en ellos lloré yo
y TU llorastes conmigo...

Cuartel antiguo:
Viejas paredes de cal
Una tabla y dos banquillos.

Y del cuartel y en el cuartel: la SAETA CUARTELERA. Junto a la Vieja Cuaresmera, su “Ama de llaves”. Su Dueña y Señora. La Reina. Donde quiera que me han brindado voz o abierto espacio para exaltarla he dicho y he gritado, que es el timbre de honor de nuestra Semana Santa. No quisiera ser reiterativo en este tema tan queridísimo, que he glosado, tantas veces, dentro y fuera de nuestro pueblo. Sí quisiera hacer un brindis -que no fuera al Sol - porque se mantenga en toda su pureza, que no se contamine, ni se achique. Que sea sencilla, pero SENTIDA.

¡Que nadie te saque a ti
de tu marco, CUARTELERA...!
¡Que nadie te toque a tí,
ni te adorne, ni retuerza,
porque tú eres pura y clara
como el agua de la sierra...!
¡Que nadie te arranque a ti
tu son de saeta vieja...
Tú eres versículo santo
y arcana voz de Profeta...
¡No acabes de sonsonete
de una oscura melopea...!
No te añadan gorgoritos,
Ni falsetes de opereta...;
que tú eres llana y profunda,
dura, varonil y recia...
¡Que tú naciste sencilla,
para compartir la mesa,
saltando, de hermano a hermano,
como chispa de candela
y para ser oración
en las noches de Cuaresma...!
¡Que no te alarguen los tercios!
¡Que no quieras ser flamenca...!
¡Deja que ganen la calle
otros cantes y otras letras
y reina tú en el cuartel

que es tu cuna y tu nacencia.’

¡Dejadla pura y sencilla
que así es la CUARTELERERA!

Los días han ido corriendo, escapándosenos, como agua entre los dedos. Embebidos y embelesados en los hermosos cantos de nuestra ejemplar Coral, este año con el crespón negro por la muerte del “Pinto” - galón y lujo que magnífica la liturgia - un Sábado atropella a otro. Unos cultos devotos a otros solemnes. Una campana a un campanillo ¡ya es Domingo de pasión!. Domingo en el que se empieza ya a mirar a los cielos; en el que se echan las cuentas de lo poco que falta y en lo mucho que queda por hacer. Domingo en el que los HERMANOS AUSENTES empiezan a preparar su equipaje de ilusión; a contar las horas que les faltan o a deshojar la margarita, tal vez con amargura, de si podrán o no venir... y es tan fuerte el reclamo: el Nazareno, desde su altar, prieto de cirios y esplendores...!

Permitidme, que al evocar este día tenga un recuerdo a los Hermanos Ausentes. A los que están cerca y vienen siempre; a los que lo hacen de vez en cuando y, sobre todo, a aquellos que - por que no pueden - llevan muchos años sin venir...

De todos los sentimientos humanos la nostalgia es el más puro; el más sincero. La nostalgia se sufre, pero también se goza; se purifica antes y se paladea después, en silencio, como néctar espiritual y aliento predilecto del alma. ¡Hijos de Puente-Genil ausentes!. ¿Cuántos? ¿Dónde?... Todos, sin excepción, luchando por elevarse; llorando la ausencia; lidiando la vida con alegría; levantando, con ahínco e inteligencia; otra tierra idealizando las cosas de su pueblo; inculcando, con acendrado amor a sus hijos - ya nacidos lejos - todo lo nuestro... Donde quiera que estén se juntarán con los suyos. Desgranarán los días con un solo anhelo: volver. ¡Bendita tierra que provoca tan divinas nostalgias!... Hermano ausente, en la maraña intrincada de la gran urbe no podrás reprimir, en las tardes cuaresmales, ese tirón abrasivo de tu Pueblo y de tus gentes... Y aquí, tu vacío desgarrador... Yo envidio, sin embargo, tu agridulce sentimiento porque tú elevas lo común a sobrenatural, lo humano a divino; y aunque tengas que pagar el infame precio de la distancia tú sientes más; crees más y nos obligas a los que aquí quedamos, para que cuando tú vengas todo sea como sueñas como tu añoras... Porque así es Puente-Gen y nuestra Semana Santa...

En este Domingo de Pasión, mirando al TERRIBLE, casi cara a cara, acordándome de todos los Hijos Ausentes, me he atrevido a decirle: “Jesús Nazareno de Puente Genil, Tú que todo o puedes, mira a Tus hijos los que están aquí; a los que se fueron y nunca volverán... Los que esperan, día a día, el momento ansiado de volver; los que quieren volver y no pueden. Que ninguno de Tus hijos se tenga que salir de esta Tierra...Que Puente Genil crezca, que recobre la ilusión y vuelva a ponerse en pie, al unísono, brillando con luz propia... Que todos ellos estén siempre aquí compartiendo todas nuestras penas y todas nuestras alegrías... “SEÑOR, ¡JESUS!...”

Metiéndome en tus carnes y en tus lágrimas he sentido la amargura de aquel año indeciso que no podías venir y gritaste:

No puede faltar mi cirio
-llama de fe y entusiasmo-
para alumbrarte, Señor,
este año el Viernes Santo.
No puede faltar mi voz
para aclamarte gritando...
He de poner a tus pies
-así quisiera adornarlos-
claveles de devoción

mi corazón hecho un ramo...
He de cumplir la promesa
que me lleva, año tras año,
desde que abrí tiernos ojos
hasta que me sean cerrados,
con hábito de cuerpo y alma,
-ferviente lirio morado-
a seguirte por las calles
grito a grito; paso a paso...
¡No puedo quedar aquí
de tu sombra desterrado!
¡No puedo, Señor, no puedo,
yo te lo pido llorando
que me lleves basta Ti.
Haz que se opere el milagro
Y pueda por estos días
volver a mi Pueblo amado.

¡No puede faltar mi cirio,
Padre mío, el Viernes Santo.!

La Semana de Pasión avanza presurosa, ultimando preparativos. Serán largas noches sin dormir o tempranos amaneceres que sorprenderán a innominados artistas dando puntadas o cuidadosos retoques, porque el tiempo pleno ya ha llegado.

En los templos, de madrugada, se vivirán horas inolvidables, emociones íntimas: Un reducido número de hermanos. Un rincón en penumbra del templo. El chisporroteo de la de la lamparilla del Sagrario. Extraños crujidos en el silencio espeso. Desde fuera, llegan, tenues y dulces cuarteras y músicas tarareadas desde algún cercano cuartel. Se coloca el primor de la cera en el paso de palio... Los golpes suenan como sepulcrales. La Virgen o el Señor están a nuestro lado esperando que los subamos al paso. Los miramos y nos miran.

Es un momento de infinita ternura. Al subirlos, su peso, nos parece ligero al sentir su cara tan cerca de la nuestra ¡Ya están arriba! El reloj da unas campanadas. Se musita una oración y se derraman unos lágrimas pequeñas. Salimos silenciosamente. ¡Mira, qué luna más clara y sin cerco! ¡Será buena la Semana Santa...!

La mujer, cofrade y manantera, ocupa un lugar principal en esta recta final. Mujeres pontanensas que quieren y sienten su Semana Santa, porque la llevan en la masa de la sangre desde niñas. No agriemos cosa tan dulce con polémicas absurdas o discriminaciones irracionales. Que nadie se erija en albacea, ni reparta credenciales, ni condene, ni proscriba...Que nadie olvide que no podrá ser madre de mananteros, la que no lo sienta, la que se haya encontrado absurdamente segregada...A ti, mujer, que quieres y sueñas con tu Semana Santa; a todas las que vivís, codo con codo, sentimiento a sentimiento, las alegrías y también los sinsabores de esta Mananta nuestra. A ti, mujer, que te han cantado nuestros mejores poetas como la flor mejor de los balcones y gala de nuestras calles. A ti, mujer, te canto por tu belleza, tu gracia y sensibilidad, pero también por tu trabajo oscuro; por tu entrega sin límites ¡Que nadie hable por ti...! Te he visto preparando túnicas, bordando, colocando flores en los pasos, abillantando candelерías, vistiendo a las Sagrados Imágenes...y, también, desviviéndote por tu Cofradía, emocionada con los saetas, compartiendo las comidas de Hermandad; ofrendando tu cirio y tu penitencia... Y, luego, cuando todo es triste y silencioso, recogiénolo todo, con mimo, repartiendo ilusión durante

todo el año... ¡A ti, mujer, piedra preciosa y angular de nuestra Semana Santa, con admiración, te digo:

Quiero cantarte, mujer,
sin piropos trasnochados,
ni en requiebros caducados
al encanto de tu ser.
Te canto por tu valer,
por tu fe y por la manera
con que entregas por entera
tu vida y tu corazón;
le canto a tu condición
de PONTANA Y MANANTERA

La tradición del bordado, siempre ha sido frondosa en Puente-Genil: mantos y sayas de Dolorosas; túnicas riquísimas de nuestros Cristos; suntuosísimos trajes de romanos y hasta humildes zapatillas de figura, encontraron siempre el arte de unas manos privilegiadas de las que, jugando con el oro dedican todo el año, prendiendo en sus agujas el corazón, para realizar ese patrimonio, único y valiosísimo, que a veces pasa desapercibido. Y aquí, recordar a aquellas venerables señoras que el pueblo, cariñosamente, llamó siempre LAS MONTERAS - hijas del llorado poeta MIGUEL ROMERO - que en su modesto taller de la Plaza de Lara realizaron tantas maravillas y enseñaron tantos primores a aquellas niñas - hoy madres y abuelas - que portando sus bastidores, cofrecillos y acericos llenaban de sonrisas las tardes silentes. Aquellas niñas de largas trenzas, negros ojos y lazos celestes de inolvidables recuerdos...Y a la Madre Margarita, en su taller de la Compañía de María; y a las Madres Filipenses...Y a Angelita Arroyo, y a Conchita Ruiz, maestras sempiternas del Barrio de Miragenil. Y, despertando con nuevos impulsos, los trabajos de Plácido Pérez, Juan Carlos Velasco o Antonio Aguilar y el riquísimo patrimonio creado por ese laborioso ramillete de las hermanas camareras de la Cofradía de la Oración del Huerto-al realizar el paso de la Virgen de la Victoria; o las de la Cofradía del Calvario en el Palio de la Madre del Consuelo. O la Cofradía del Resucitado. A todos, mi aplauso más rendido y como pueden resultar muy pobres mis versos, voy a recurrir a éstos otros, que un día leí en un taller sevillano:

Manos que tienen anhelo
de filigranas de oro;
manos que graban a coro
coplas en el terciopelo;
manos que siempre en desvelo
de sedas y pedrería
acarician a porfía:
palios, sayas, blondas y mantos
para consolar el llanto
de los ojos de María...

El VIERNES DE DOLORES es, en rigor, el primer día de la Semana Santa. Ya todo lo que era preparativo afanoso es tangible realidad. Viernes de Dolores, siempre para los pontanenses y para los Cofrades de toda Andalucía. En los cambios que hoy vivimos a este día le tocó perder e intentaron – como a los malos estudiantes - dejarlo para septiembre. Pero para el sentir popular – que es el que manda - sigue igual. Es Viernes de Dolores. Y si el Domingo fue la cita con Jesús hoy es con la MADRE, porque la Madre de Jesús es, para los

pontanenses, por antonomasia, la VIRGEN DE LOS DOLORES y, desde muy temprano nos lo avisarán jubilosas las campanas.

Hubo un tiempo - ni mejor ni peor; muy distinto al de hoy - en el que nuestras cofradías sólo eran hermandades y en el que no tenían altisonantes títulos sino nombres y apellidos de las familias que a su servicio consagraban sus vidas, Y aquí un recuerdo y homenaje para todos: Cruz de los Albeldas, Soledad de los Reinas, la modesta Cruz de “Margallo”..., Dolores de los Chacones. Exponentes de una época de individualismos, a veces heroicos y siempre ejemplares, que más que un privilegio como equivocadamente se ha querido ver, era gloriosa servidumbre de unas familias, necesarias en la difícil encrucijada del tiempo en que vivieron ¡Cuántas cosas faltarían si no hubieran existido!... Familias como la Chacón en la Virgen de los Dolores – y en ella simbolizo a todas - que hicieron un legado de obligado cumplimiento. Han sido generaciones enteras de padres y madres, llevando a sus hijos ante la Virgen, de imponerles su santo nombre o hacerles la túnica junto al batín de cristianar... Cuadros de su imagen por cada rincón y en la cabecera del lecho hasta la muerte:

En su última agonía
nunca olvidará a mi abuelo,
que fue su postrer anhelo
besar Tu fotografía.
“No me dejes, Madre mía”
Tú mi único consuelo
- Un Dios te Salve María -
y hasta que vea en el Cielo.

¡Viernes de Dolores!. Todos hemos de subir al Calvario para dejar un beso, una plegaria, en las manos de la Augusta Reina de los Cielos. Y cuando ya por las Calles se desgranán los rezos, el incienso y los pasos penitentes del Viacrucis de la Cofradía del Calvario; mientras se exalta a la Saeta y todo en un estallido de azahares, un hervor implacable de murmullo y una apoteosis de bellezas renacidas, de aromas, de colores y luces resurgentes, porque al fin la Semana Santa ha llegado...

Quizás haya muchos que piensen que si era necesario este preludeo tan largo para exaltar la Semana Santa, Y es verdad. No se trata de una falsa sensación: Ha sido un empeño denodado del pregonero de provocar esta impaciente espera; de poner énfasis en las vísperas y ahora, al adentrarnos, hacerlo a ráfagas. Porque ¿no es verdad que se goza, que se disfruta más soñando, preparando, durante todo el año y que luego todo se nos escapa en un portentoso “visto y no visto”.? ¿No es así de efímera, de fugaz, como se nos vuela la Semana Santa y que todos decimos al ver salir la Virgen de la Guía que “esto” se ha acabado...? He intentado, aunque no lo consiga, transmitir esa sensación, macerando esta lenta espera y, ahora, con toques impresionistas, evocar el particular impacto la silueta particularísima de estos días.

El Sábado de Pasión se descorrerá el telón con júbilo, con hambre acumulada de emociones fuertes que te mantendrán durante toda la semana. Ya han llegado la mayoría de los ausentes. Y en todo Puente-Genil no hay lugar, ni eco, ni espacio, ni tiempo que no esté ocupado, absorbido, y divinamente traspasado por la Semana Santa. Las Sagradas Imágenes ocupan el rico joyel de sus pasos. Los ropajes de las figuras se desperezan en los maniqués. Característicos olores delatan el abrillantado de diademas y cascos. Se retocan rostrillos. En las casas, se prepara con ilusión la habitación del ausente que vuelve o - en sitio de honor - la del invitado, que por primera vez nos visita. Los roscos de trenza, los ochios y magdalenas; el vino viejo para el fresco de la madrugada y el anís dulce para la suprema amanecida.

Todo está preparado. A todos se nos disparan los pulsos en un anhelo de eternidad ¡Que se paren los relojes!. ¡Semana Santa de Puente-Genil - de todos y para todos - colosal vestíbulo del Paraíso Prometido...!.

Los hermanos de la Corporación de “Los Ataos” - núcleo principal de la Hermandad - velan sus armas impacientes, esperando la hora de sacar a su Bendita Madre de la Guía, en su singularísima procesión. ¡Cómo olvidar, cuando tan pobre y sencilla salía el Domingo de Ramos hasta la Parroquia y volvía el de Resurrección y a aquellos “Ataos” memorables: “Chifarri”, Francisco Valle, Ariza, Solís, Román, “Colorín”, Cabezas... con sus tunicones negros, sus gorritos y sus siempre, vivos fervores a su amantísima Madre...Ya se oye la “campanita” y están a punto los instrumentos de su banda para el trepidante “Barrabás”. Todos hemos de apiñarnos a las puertas de la Concepción o en el rellano del Convento para ver esta procesión de absoluta personalidad, castiza y grandiosa... Incansables la buscaremos una vez y otra y estaremos en el Arco de la Calzada - explosión colorista - y ese impulso nos arrastrará, vehementes, para, mientras dan lentísimas las doce campanadas, ser arrastrados por la multitud en la Cuesta Baena. Y allí, cuando entre triunfante y gloriosa - con el suspiro arrancado a la primera emoción, sudoroso y con el corazón a compás de la vibrante marcha, decirle:

Ese gesto de dolor
que tienes en la carita
se lo borra por bonita
Tu sonrisa de arrebol.
Este pueblo con fervor,
con júbilo en la garganta,
te reza, te aclama y canta
pues siempre será MARIA
la luz, el Norte y La GUÍA
de nuestra Semana Santa.

Es de agradecer el espléndido regalo y el soberbio esfuerzo realizado por un puñado de pontanenses, encabezados por ese excepcional artista y mejor cofrade que es Plácido Pérez en este Año de Gracia de 1994. Puente Genil, que siempre será he heterodoxo, que nunca será rígido, ni cerrado, que siempre es capaz de abrir un hueco, una devoción; que siempre es sensible a cualquier emoción cofradiera, ha sido capaz de crear una insólita madrugada, como preludio ascético al Domingo de Ramos y acompañar, con adusto y humildísimo hábito franciscano, por las estrechas calles del barrio antiguo a la bellísima Reina de los Ángeles y San Juan Evangelista. Otros años, la vimos, peregrina, en plena canícula, subiendo cuestas, estrechando calles, como si quisiera compartir la médula del verano con el vecindario fiel que la acompañaba, ajeno al turismo y a las playas. Este año, bajo un palio de ensueño, la acabamos de ver de recogida y están húmedas de sus lágrimas aún las calles... No me ha pesado el cansancio de acompañarla y tengo templada mi lira para cantarle:

Quisiera ser un varal
de los que mecen tu palio;
los balcones que lo rozan
o el fulgor de un quicio blanco...
Quisiera ser una rosa
de las que adornan Tu paso;
destello de Tu corona
o una cuenta en Tu rosario...
Quisiera ser el pañuelo

que se desmaya en Tu mano
o la llama de la vela
del candelabro más alto...
Y acompañar a San Juan
en su vigilia de llanto,
compartiendo Tus dolores
por las calles de Tu barrio...
¡A TI REINA DE LOS ANGELES,
que has salido en este año,
poniéndole a mi Pregón
un prólogo soberano...!
Por verte en la madrugada
anhelante te he esperado
por ser como un ángel más
en proclamar Tu reinado...

Y llega el Domingo de Ramos, pregonero y señorial. Espléndido de luces y colores. Es día de flamantes ilusiones. De rencuentros, de abrazos y emociones. De estrenos impacientes... La palabra y el verso recamados en el Pregón. En los templos, el Evangelio, largo y prolijo, de San Mateo, entre los evocadores aleteos de palmas y ramitas de olivo traídas de los campos el día anterior ¡Ay de aquellas palmas que se entronizaban todo el año entre las rejerías de los balcones...!

Y a la tarde, el pueblo, vestido de gala, esperando anhelante en la reluciente Matallana a la popularísima procesión de “La Borriquita” y la Virgen de la Estrella:

En la tarde luminosa
palmas y olivos.
Primor de túnicas blancas.
Rostros de niño.
Domingo de primavera.
Feliz Domingo...
Tarde de sol y de estrenos.
Tiempo de idilios...

El aire pliega sus brisas
como un suspiro...
(Aromas garrapiñados;
coco y barquillos...;
nubes blancas y algodón
de azúcar fino...;
globos que suben y bajan
del infinito...)

Domingo de primavera.
Santo Domingo.
De nuestra Semana
Santa pórtico eximio:
Jesús triunfante y a lomos
de un borriquillo

y María que es ESTRELLA
luz y camino...
Jerusalén de la Puente.
Azules limpios.
Palmeras de San José.
El “Morabito”..
Blancas cales. Matallana.
El Jardinito...
Y hay un eco de tambores;,
un son divino,
de la dulce campanita
entre el gentío...

lagrimillas y campanas
en el Asilo...
por la Cruz del Estudiante
balcón florido...,
y una saeta temprana
de tierno grito...
¡Domingo de primavera!
¡Santo Domingo!
Clamor de tarde añorada
Palmas y niños.

Y rozando la madrugada, cuando la procesión está de recogida, en el otro punto del pueblo, en la hondonada del Genil, un bullicio ingente congrega la última Subida romanil y los ecos de los cantos y las saetas en el Calvario y en las portaladas de todos los templos y ermitas enlazan con el amanecer rutilante del nuevo día.

¡LUNES SANTO!. El Pregonero necesitaría aquí mucho tiempo para expresar tantas emociones, tantos nombres, tantos momentos irrepetibles que marcaron su vida para siempre y que constituyen su particular relicario. El Pregonero no tiene nombre, ni apellidos, porque canta por entero a la Semana Santa. No tiene nombre, ni apellidos, pero si corazón, por lo que tendréis que disculpar si en algún momento se le desboca al evocar este día tan grande para el que lo canta y durante todo el año lo sueña.

Las emociones se van acumulando a lo largo de la madrugada anterior en el exorno de los pasos. Almuerzo de hermandad y de sentires. Acto penitencial dentro del templo. Los pasos encendidos. Nazarenos y costaleros. Las oraciones se elevan sobre los ámbitos irisiados por las vidrieras de colores. La procesión se organiza desde dentro. Fuera, una ingente multitud se expande por el recinto ajardinado; se asoma expectante a los balcones; corona las azoteas; bloquea las calles... Es como un mar, que resuena en el interior... Y llega ese momento, único y esperado; esa emoción, que sólo puede sentir el que la ha vivido..., en que en medio de un silencio, espeso y cortante, el capataz – como timonel – se acerca a ese barco poderoso, rico en arte, orgullo de todo Puente Genil que es el paso de la Santa Cena... musitan una oración esos atlantes poderosos que llevarán por nuestras calles el Misterio de la Institución de la Eucaristía:

¡Silencio que están rezando
todos juntos, de rodillas...!
- Señor, fuerza te pedimos
danos fuerzas y alegría -
A las siete campanadas

tres golpes van a sonar.
Rastreo de zapatillas
y la voz del capataz.
“Con arte, con corazón,
despacio en la “levantá”...
- La SANTA CENA se eleva –
“Valientes, “tos “por igual..,
Vamos con la izquierda “alante “,
venga esa derecha atrás...;
despacio, vamos de frente,
de esa música al compás...”
Las puertas de San José
abiertas de par en par...
Y hay un nudo en las gargantas
y una lágrima al gritar:
- ¡Qué suerte ser costalero
para llevarte, Señor...!
Y entre las trabajaderas,
al unísono, una voz.
- ¡Qué suerte, llevo al Señor.
No lo hago por dinero;
lo llevo por devoción
al Cristo que yo más quiero...!”

Una dulce bocanada de incienso se eleva y enturbia el contraluz poderoso de la portada. Con precisión, los costaleros van asomando a la puerta el soberano Misterio. Reverbera a la luz de la tarde en la cúpula bermeja y en las altas torres. Túnicas y mantolines se mecen al contacto de las suaves brisas.

Y allí, arrodillado, Pedro, rudo y obediente; la unción mística de Juan; el escepticismo de Tomás; el gesto interrogante del gigantón Bartolomé...Y todos, conmovidos, pendientes, de un Cristo mayestático, de mirada de ambrosía que mira, con infinito amor a un Judas, renegado, que al no soportarla abandona el Cenáculo... ¡Cristo de lo Santa Cena!: Te ví nacer en Sevilla, poco a poco, de las manos geniales de Antonio Dubé; del barro de Triana a la madera; del rigor de la talla al movimiento de Tu andar poderoso en esta tarde suprema de LUNES SANTO, que se creó para Ti ¡Cómo te llevo en mi corazón...!

¡Está a punto de estallar a primavera!. Crecen los fulgores. Siguen saliendo, a borbotones, los blancos nazarenos que van trayendo, a tironcitos, el ascua de oro que reluce al fondo. ¡Ya está cerca...!. Y hay un alborozo y celestial repique de campanas. Y un grito de entusiasmo. Y una lluvia de pétalos de flores. Y miles de respiraciones contenidas. Y un vuelo de palomas blancas, que, al recobrar la libertad, dibujan, sobre el cielo azul un corazón abierto del AMOR que al salir por las puertas de San José, viene derramando, a raudales, María Santísima...Y entonces - y sólo entonces - confirmaremos que ha estallado la primavera... ¡María Santísima del Amor!. ¡Todo te sobraría! Bastaría con Tu mirada, con ese prodigio de Tu cara y la gracia andante de Tu caminar. Te sobraría el palio transparente; los cimbreantes varales; el oro de las bambalinas; la cola larga de Tu rico manto blanco... ¡Todo!. El tintineo de las jarras y candelabros de cola, irán recitando la letanía del rosal florido de Tus Glorias: “Rosa Mística”..., “Puerta del Cielo”..., “Madre del Amor” ... Ante Tu belleza soberana todo se rinde...Y te irás Matallana adelante, donde Te esperan todo un año los Hermanitas y ancianos de Santa Susana ¡Qué emoción! ¡Cuántas lágrimas ardientes y quizás postreras! Cómo trabajan, marcan y sueñan, las marchas Tus costaleros por

conducirte, triunfante, por las estrechuras de Adriana Morales y Vera-Cruz, en el estertor de un crepúsculo malva!...Y hay un niño - ¡muchos niños! - que, emocionados y valientes; imantados por la magia divina de estos momentos, dirán o sus madres:

- Madre, cuando sea mayor
yo quiero ser costalero
de la Virgen del Amor.
Madre, cuando sea más grande
yo quiero ser costalero.
Quiero sentirme el sudor
corriéndome por el cuerpo
y empujar, cuando me digan:
“¡Vamos con Ella basta el Cielo...!”
...Y quebrantarme de gozo
al sentir su dulce peso...
Yo no quiero que me vean,
yo quiero ir en silencio,
tatareando las marchas;
fundiéndome al paso lento...;
y adivinar las esquinas,
los balcones, el incienso...;
y vibrar con los aplausos
y llorar con el saetero...
(Suena la saeta; cantada por RUFINO:
“Bonita como una rosa
y blanca como un jazmín
Tú eres la flor más preciosa
que tiene Puente Genil”)

- Madre, cuando sea mayor
- yo quiero se costalero
- de la Virgen del Amor...
-

Quiero sentir junto al mío
el hombro del compañero;
subir la Cuesta Baena
y aguantar hasta el encierro...
No quiero ser capataz,
ni vestir de nazareno;
no quiero capas de seda,
ni bastón, ni terciopelos...
Yo sólo quiero un costal
bien ajustado a mi cuello,
e ir cantándole bajito
lo mucho que yo la quiero...
¡Qué aunque no le vea la cara
ELLA me dará su Premio...!

Por eso, aunque sea tan niño,
ya sabes tú lo que quiero:

- Madre, cuando sea mayor
yo quiero ser costalero
de la Virgen del Amor.

Y hay que abrirse un sitio en la Cuesta Baena. Proeza y arte. De un tirón suben los pasos. “El Cristo nos pone alas en los pies”... “La Virgen nos lleva en volandas” ...Y en la madrugada plena, transida de emociones, de sentimientos tan abiertos como los azahares de los enhiestos naranjos de la Matallana, todos estaremos en esa recogida, que no hay forma de culminar, entre marchas y saetas...Y cuando se cierren las puertas y con enorme pena, tomo un clavel de Tu paso para apagar, uno a uno, los cirios de la candelería y, casi en soledad, Te mire a la cara y me atreva a besar Tu mano delicada, un vértigo profundo me transmutará y con el Ave María en los labios, con la misión cumplida, Tu indigno Mayordomo, mirándote con arrobamiento, los ojos nublados y el corazón temblando Te dirá:

Quiso el artista plasmarte
con toda su fe y anhelo
y en un éxtasis de Cielo
con sus gubias modelarte
y aunque quieran igualarte
el mismo Sol y la Luna;
como Tu cara no hay una
más guapa, ni más bonita,
Virgen del Amor, bendita,
¡Eres Tú como ninguna!
Y eres Tú mi primavera
Y la luz de cada día;
la ilusión y la alegría
que llenan mi vida entera;
por eso estando a Tu vera
bajo el manto protector
de Tu blanco resplandor,
soy Tu esclavo y prisionero
De Ti siempre PREGONERO,
MADRE MIA DEL AMOR...

El MARTES SANTO, como un contrapunto al bullicio expansivo del lunes, tiene un marcado carácter penitencial, impreso por el recogimiento y austera severidad de las cofradías de este día.

Otra vez, a la caída de la tarde, nos congregaremos en la explanada de San José para contemplar la salida de esta procesión, que ha sido la que en los últimos años ha experimentado mayor auge y espectacular progresión. Hábitos color marfil. Toscos cordones franciscanos. Escapularios verdes y altísimos capiruchos negros, que rasgan los cielos, nos acercan el primer paso de la Antigua Hermandad de la SANTACRUZ - hoy Cofradía de Estudiantes - pilar fundamental en el renacer cofradiero. Paso escueto, alegórico y trascendental. Y recordaremos aquellos versos del poeta León Felipe:

“Hazme una cruz sencilla, carpintero,
sin añadidos, ni ornamentos,
que se vean desnudos los maderos
desnudos... y decididamente rectos...”

La Santo Cruz redentora que estará siempre presente en el transcurrir devocional de este día. Y, tras la Santa Cruz, el esfuerzo titánico de este grupo de jóvenes nos legó un segundo paso que nos permite que el alma, contrita, se arrodille al aparecer, sublime y solemne, la piadosísima Imagen del CRISTO DE LOS AFLIGIDOS:

Yo quiero verte, Señor,
la tarde del Martes Santo,
cuando avanzas poderoso
caminando, paso a paso,
sobre volutas de incienso
entre los verdes naranjos...
La brisa de primavera
pone en Tus heridas bálsamo
y doran luces de miel
Tu torso acardenalado...
Que vengan, Señor, a verte
los enfermos desahuciados;
todos los hombres que sufren;
todos los necesitados...
Los que luchan por subir
y siempre caen aplastados...;
los que en silencio padecen
afrentas y desengaños...
¡Qué vengan los que no encuentran
ni un camino, ni unos brazos...!
¡Señor de los Afligidos!
¡Mi Jesús abandonado!
...¡El Cristo débil y roto,
emblema de los fracasos...!
¡Qué vengan, Señor, que vengan
todos los desamparados...
Y verán como eres Dios,
aunque vayas apresado...;
y verán como eres Rey
con una caña en la mano
y teniendo por corona
espinos entrelazados...
Yo quiero verte, Señor,
la noche del Martes Santo,
cuando bendices las calles
las plazuelas y los barrios,
esgrafiando Tu dolor
sobre muros encalados...
Que vengan, Señor, que vengan;
que eleven a Ti sus manos...;
que Te miren a la cara
y quedarán confortados...
Verás cómo al contemplarte
triunfante, aunque lacerado,
con la oración más ferviente

claman vehementes sus labios:
“El Cristo de los Vencidos:
Es el CRISTO que yo amo.”
¡Señor que vengan a verte
La noche del MARTES SANTO!

Vendrá luego el discurrir ordenado y silente de la ejemplar Cofradía del Calvario que procesiona, sobre un monte de lirios, al Crucificado más antiguo de nuestra Semana Santa, el de más honda devoción, Cristo, muerto, derrama Gracias redentoras por las flores de lis de sus potencias, por la llaga cárdena de su costado, de sus pies y de sus manos. Parece extender sus largos brazos para abarcarnos a todos. Y a sus lados, los dos Ladrones, representados por la portentosa escultura de Gestas y la antiquísima de San Dimas, el Buen Ladrón, que fue el que cantó la primera y más fervorosa saeta en el mismo Monte del Calvario, al pronunciar aquellas benditas palabras: “Acuérdate de mi, cuando estés en el Paraíso...”

Y tras El, la VIRGEN DEL CONSUELO. La exquisitez dolorosa. Esa Virgen que a todos conmueve, que a todos llega. La Virgen marfileña y quebrantada, bajo cuyo paso - de depurada conjunción estética - seguiremos creyendo encontrar todos los años la venerable figura del llorado poeta D. José Cabello, que legó esta joya de Dolorosa a su Cofradía y a nuestra Semana Santa ¡Madre y Señora del Consuelo! Cuántas veces te he rezado en la tenue penumbra de Tu capilla, encomendándome a las excelsitudes de Tu nombre...! ¿Cómo cantarte, como rimar Tu realeza con la sencillez y cándida dulzura de imposible Violeta blanca...?:

Para cantar Tu belleza y Tu figura
no existen ni palabras ni canciones;
prendidos quedarán los corazones
en un fuego de dulce calentura...
Al pronunciar Tu nombre de dulzura
- trenzado con plegarias y oraciones -
se ascienden celestiales escalones
al Trono de Tu Gracia y Hermosura.
A Tus plantas, Señora, arrodillado
me atrevo a suplicarte, confiado:
“Resérvame un pedazo de Tu Cielo.
Deja, Madre, ofrecerte con mi canto,
una blonda sutil para Tu llanto,
Virgencita querida del CONSUELO.”

Y mientras transcurre la procesión, encontraremos un momento para subir al Calvario y besar el pie del Bendito Nazareno que, antes de subir a su paso, se llevará las inmarchitables flores de los besos piadosos de todo su Pueblo. Y, cuando la madrugada tome cuerpo, la procesión ira acercándose a la Ermita del Dulce Nombre. Y por los barrios altos, entre sombras tenebrosas y estrofas del Viacrucis, como un contraste dimensional, se acercará por largas avenidas e interminables cordones de cera, desgarrando la enguatada oscuridad, el sonámbulo timbal de la procesión del Silencio:

Silencio de madrugada.
Silencio.
No lleva paso, ni flores.
Tendido sobre un madero...
Cuatro horquillas Lo sostienen.
Hábitos de luto, negros...
Turbios faroles Lo alumbran.

Un tambor de oscuros ecos...
Lo demás, todo tinieblas...
Sobre las calles del Pueblo
mil pisadas penitentes
y un tenue rumor de rezos.
Silencio de madrugada.
¡Silencio!

El MIERCOLES SANTO, en muy pocos años, ha evolucionado de ser la primera procesión - aquella que nuestros antepasados, sin restarle grandeza, llamaban de los “cuellos sucios” - a erigirse en el ecuador magnífico que parte, justamente por medio, nuestra Semana Santa.

Por eso, cuando llega este día, estamos abocados - tras vivir, emociones de signo diferente - a dar rienda suelta, a desbocar el corazón en la cita puntual de este bello atardecer: Lo han dicho el viento y la tarde. Lo ha ido pregonando por las calles, llenas de sol y de espera, la voz tierna y cariñosamente evocadora de la campanita del Señor de la Humildad. Lo están gritando los niños; las campanas de las torres; los ecos de los tambores; los clarines de las cornetas; los pechos alborozados; los encrespados silencios de un palpitar ansioso...Lo ratifican los grupos de capiruchos - blancos, morados, rojos...-, que suben o bajan, cantando y dando vivas alusivos, en una misma dirección.

Lo gritan y lo pregonan las voces y también los silencios; las luces y las sombras; las almas y los cuerpos: Es Miércoles Santo... ¿Quién no sigue a la Campanita?, ¿A quién no le hierve la sangre y se trance de entusiasmo?, ¿Quién no está en esta farde, larga y abierta, esperando anhelante en la placita, en los “cantillos de la Concepción” o en el encalado patio del Convento...?

Van llegando, en largas filas, picoruchos de túnicas granates que ciñen, a manera de fajín, blancas toallas. Madre de Dios adelante, portando agrestes ramas de higuera, aparecen las primeras y clásicas figuras: Adán y Eva.. La campanita no deja de tocar. La plaza rebosa de multitud y de sentíres. Sale el Señor del LAVATORIO... (Y el Pregonero no puede remediar que lo alcance la nostalgia de aquellos años infantiles, cuando salía aún desde dentro del templo. Tan sencillo, pero como los hidalgos, con enorme dignidad: Aquel Señor, de larga túnica morada ricamente bordada, que lavaba los pies a un San Pedro campechano, andaluz y señorón, con su estola y su manto rojo, en su paso, gótico, de plata...Y cómo no rendir un homenaje de admiración a Luíís Tafur y aquel puñado de hermanos que todos los años, casi de caridad, hacían el milagro de sacarlo a la calle... Avanzaba sobre el piso empedrado del patio del Convento, donde aún sombreaba un hermoso árbol y un monolito de piedra - hoy tristemente desaparecidos - recordando la travesura fatal de un niño, cuyo nombre se nos ha borrado de la memoria... ¡Recuerdos!. Cuando salía el Señor del Lavatorio a la calle Aguilar y sonaba el primer Miserere, todos paladeábamos el clímax de la Semana Santa...)

El paso del Señor del Lavatorio se mece, solemne, calle Aguilar arriba dorando su plata los últimos soles del día...Todos ponemos los ojos en la empinada rampa de la Concepción donde el capataz manda a unos jovencísimos costaleros que, de rodillas, van sacando, casi a milímetros, el paso en el que la valiosa Imagen de un Cristo, patético, arrodillado sobre un vergel de rojos claveles y lirios, pronuncia, mirando al cielo abierto de La Puente aquella frase terrible: “Padre, si es posible aparta de Mí ese cáliz”. La hematidrosis marca sobre su frente gruesos goterones que parecen vívidos al temblor. Un hermoso ángel le conforta en el divino trance y parece señalarle un espacio, un pueblo... ¡Cómo cimbreaba, con la brisa de la tarde, el olivo del Huerto dibujando un paisaje de poesía infinita...!

Y tras El, la VIRGEN DE LA VICTORIA. La Virgen morena, de tez aceitunada y ojos verdes. La que desde el riquísimo conjunto de su paso ¿llora por sonreír o sonríe por llorar...?. La que tanto luchó su Cofradía por engastarla en el preciado joyel del Miércoles

Santo... La que nos encoge el corazón en la casi imposible maniobra de salida y entrada por la angosta puerta del Santuario de Madre de Dios. La que un día contemplé en una casa cordobesa y pareció decirme: “A ver si en la Puente hay un hueco para mi cara, para mis lágrimas...”. La que se quiso venir, declinando destinos más altos, porque quería estos aires, estos clamores y los corazones, abrazados, de su ejemplar Cofradía, cuyos hombres y mujeres - hechos un haz - la quieren y veneran con cariño. Señora de la Victoria: Yo que un día te contemplé huérfana y azorada, hoy que te veo triunfante y aclamada en nuestras calles, te digo:

¿Dónde vas Virgen morena,
Señora de la VICTORIA,
inundándonos de Gloria
con Tu carita de pena...?

¡Oh primorosa Azucena,
la más perfumada Flor
del Huerto de mi Señor...!
A dónde vas por La Puente,
tan hermosa y sonriente
en medio de Tu Dolor...?

La procesión asciende, recreándose, por toda la calle Aguilar. Lejanos tambores se concretan: En correcta formación viene, calle abajo, singular soldadesca. La guía y acaudilla un Judas de talante colérico que, con una lamparilla, finge, nervioso y escrutador, buscará a alguien que no acaba de encontrar. Un sayón romano, que no cesa de tocar un bronco tambor, abre la fila de otros corpulentos guerreros que, serios y enhiestos, le siguen con picas y lanzas: Son LA GENTE CHUSMA. Los que prendieron a Cristo un día en los bíblicos olivares de Getsemaní. Hoy lo hacen en plena calle de Aguilar, en este anochecer azul. Se detienen con un mítico redoble y fingen el prendimiento de un Cristo, pontanés y nuestro, que suda sangre bajo las ramas - florecidas- de un olivo de esta Tierra... Después siguen, calle abajo, en el sentido opuesto... ¿No añoramos volvernos niños y llamar a ese Judas bueno para que nos dé un caramelo o ser el propio Judas para con la linterna enfocar, por sorpresa, tanta cara bonita...?.

La noche ha tomado cuerpo. La plaza del Convento es un ascua; un puro clamor. Una caja de vibrantes resonancias, de vivas y saetas, cuando sale el Señor de la Humildad. ¡El Cristo de la Soberana Paciencia!. El de la mirada profunda y suspirante. Ese Cristo portentoso, cargado de leyendas, que quiso abandonar su Sevilla natal y el esplendor del Convento de San José, para venirse al insignificante Pontón de Don Gonzalo, en un ya lejanísimo 1706. Y aquí se quedó. A la desaparición del Convento Carmelita pasó a la Caridad y hoy preside, como joya preciosísima, el soberbio retablo del Convento de la antigua Orden de San Francisco...

¡SEÑOR DE LA HUMILDAD! : Tu mirada se clava como un terrible interrogante en el corazón ¡Humilde bendito y Soberano Rey!. A Tí, Señor, te cantaron nuestros más ilustres poetas, déjame que yo, tocado levemente de Tu Humildad, me atreva a decirte:

¿En qué piensas, Señor? ¿Por qué suspiras...?
¿Dónde clavas Tu vista acongojada?
Ya no hay luz en Tu frente lacerada
y una lágrima se asoma a Tus pupilas...
¿Qué nos quieres gritar que así nos miras?
¿Tu deidad omnipotente maltratada

o Tu Gracia infinita derramada
sobre todo el que a Ti elevó sus cuitas...?
¡Oh, Señor!. Con la mano en la mejilla,
sentado en esa piedra..., abandonado.
¡Ejemplo Soberano de Indulgencia!
¡Divina encarnación del que se humilla,
Fiel imagen del hombre despreciado...,
Tú, mi Señor de la Humildad y Paciencia!

El Miserere magnífica y rompe la plaza. La saeta tensada desde cualquier balcón, se sublima en un éxtasis de cuerpo y alma. Y, como brillante colofón, como apoteosis total, el rojo se nieva de blanco o el blanco de rojo. Todo el compás se quiebra de suspiros para recibir a la Madre del Miércoles Santo... De Ella se pueden decir aquellas palabras inefables del Libro Sagrado: “No llamarme NOEMI, que significa hermosa, llamarme MARA, que significa amarga...” ¡Divino piropo! Celestial requiebro. La LUNA LLENA de esta noche de fervores. Su Aurora rotunda. Blando mecido de inmaculadas rosas, como selva de amores para aclamar a la VIRGEN DE LA AMARGURA:

Lagrimilla en el pañuelo
quisiera ser de Tu llanto
y en un pliegue de Tu manto
subirme contigo al Cielo...
Por ver si en ese revuelo
De Ángeles y de Altura,
contemplo más hermosura
o más sublime momento
que al ver salir del Convento
la VIRGEN DE LA AMARGURA.

La procesión seguirá, pausada y solemne, por altas calles acariciadas de cantos y fervores. Visitaremos entrañables cuarteles. Contemplaremos ropajes y atributos, expuestos con magnificencia. Y un año más, evocaremos y echaremos en falta aquella ilusión, aquel recuerdo intacto, que nos llevó tantos años o la magno y memorable exposición del Imperio Romano, en el añorado Teatro Circo, que era cita indeclinable para contemplar tanta belleza y asistir al estreno de los nuevos pasodobles, que al día siguiente atronarían las calles. Añoranza que hoy sigue en pie y que el Pregonero - aquí y ahora - reitero, sueña y suplica...

...Y siguiendo a la procesión, imantados por el tambor de la Chusma; por las saetas, las marchas y los cantos de despedida de la ejemplar Hermandad de la Amargura, se nos abrirá la flor de la madrugada y en el clamor polícromo de los “vivas” - donde también añoraremos, por perdidos, aquellos “cambios de campanita” - sobre el Cielo, la luna, entre fulgor de bengalas y romanos pasodobles, rodará hacia el alba del JUE VES SANTO...

El JUEVES SANTO todo es un torbellino. Un hervidero. Una pleamar. Desde el amanecer los calles tienen una luz y un color distintos, presintiendo un gozo extenuador de muchas horas. Si quedaba algún rezagado, lejanísimo, ya ha llegado... A mediodía, contemplaremos alborozados grupos de hermanos que en animada charla y particulares orientaciones se dirigen a sus cuarteles.

El Jueves Santo es el Día del Amor Fraternal y Puente Genil lo sabe y lo interpreta como el día más grande de derroche de sentimientos en su particular “Sancta sanctorum” y “Templo” de Hermandad: El Cuartel...

Cada hermano, cada invitado o visitante, tendrá su particular retazo, su especial recuerdo; su corazoncito y el alma herida por un Jueves Santo y por un cuartel. No hay cuarteles mejores ni peores; ni grandes ni chicos; ni jóvenes ni viejos; ni altos ni bajos... El jueves es sagrado en cada cuartel y los momentos vividos en este almuerzo de entrega efusiva constituyen el alimento que durante todo el año te mantienen. ¡Jueves Santo!. De cada cual con los suyos, en su Cuartel, como Cristo aquel día en el Cenáculo.

Yo tengo mi insustituible querencia en mi Corporación del “Degüello”, uno de los ejes fundamentales sobre los que gira mi vivencia semanatera ¡Cuántos momentos vividos en tantos Jueves Santos de inmarchitables recuerdos!. Hermanos: Mientras tenga aliento, mientras mis pulsos sean Firmes y mi palabra pueda florecer, estará siempre con vosotros en este día, viviendo y renovando momentos trascendentales; recordando, hasta dolernos, esos huecos y silencios de eternidad que el tiempo nos va dejando. Siempre el jueves Santo en nuestra mesa, aunque sea un peregrino de amor y tenga que mendigar un abrazo:

De las cosas más queridas
tengo un altar en el pecho:
Como faro de mi vida
los ojos del Nazareno;
en mis labios y en mi sangre
la alegría de mi Pueblo...
Y cuando en horas amargas
me refugio en el recuerdo:
las dulces horas vividas
en mí CUARTEL DEL DEGUELLO.

Mientras en los cuarteles se viven estas horas de alta tensión sentimental, en los templos se celebran los Sagrados Oficios Qué pena no poseer el don de la ubicuidad y desdoblarse, por un momento, compartiendo el ceremonial litúrgico del jueves “In Coena Domini”... Y ¡qué pena! que cuando esta tarde adorada empieza a declinar, cada vez haya más túnicas discordantes y fuera de lugar, mientras duermen empolvadas en tantas arca, aquellas venerables mantillas, de blonda finísima y peinas de concha, joyas de nuestras abuelas, prenda española por los cuatro costados que en tantas y tantas tardes de Jueves Santo pusieron planta y señorío, prestancia y elegante solemnidad, realzando la belleza de nuestras mujeres que, tras visitar los Sagrarios y Monumentos, festoneaban los balcones, florecidos, de Don Gonzalo y Santa Catalina:

¡Que ya no se ven mantillas
ni se adoran Monumentos!.
Llora Santa Catalina
su abandono y su silencio.
Nostalgia y melancolía.
Sólo quedan de aquel tiempo:
una lágrima sentida;
crucificado un recuerdo
y un corazón que suspira
por el Jueves Santo eterno...

¡Tarde adorable del Jueves Santo, la más grande!. La Calle - “la recta andadura”, que cantó Lorenzo Aguilar - y el Río. El barco soberbio y ampuloso del Paseo anclado en la orilla floreciente del Genil susurrante, con su eterno Capitán - Poeta Manuel Reina, en la popa... Entre la Parroquia Mayor y la franciscana iglesia de la Victoria, parecen condensarse esencias de eternidad...De pronto, como saliendo de un túnel clamoroso, al fondo, brotan y

brotan, inacabables; blancos, flotantes y rizados plumeros, sobre los altos y bruñidos - furiosamente incendiados por el sol de la tarde - cascos de los Romanos. La calle se dilata o aprieta al paso de las flamantes escuadras. Las palmas y los vítores estallan por doquier. ¡Se vienen abajo los balcones de tanto estruendo, de tanta belleza!. Su música, ágil y maciza, traspasa las almas en el momento fabuloso del suave crepúsculo. Los redobles ancestrales de sus tambores son vivos; solemnes y provocativos; excelsos. Su paso, menudo y enervante, te arrastra tras las blandas oleadas de los altos penachos; el grano flamear de su alta bandera; el lujo de sus formidables atuendos; la brillante marea de sus relucientes armas:

Empaque y categoría.
El de más blanco plumero.
La espada de más valía.
¡Ay, quien fuera por un día
el Capitán del Imperio...!

Al paso van, llenando de armonía
el aura donde irisan los colores.
La tarde se hace un eco de tambores
y un himno delirante de alegría...
Heraldos, pregoneros, seña y guía
de un Pueblo que los sigue triunfadores;
van altivos y egregios, vencedores,
derrochando prestancia y gallardía.
IMPERIO: Horizonte de clarines.
Avanzar redoblante de Legiones.
De todo nuestro ser soberbio emblema.
¡Romanos de La Puente!. Paladines
y esencia de fecundas tradiciones.
Sois lira y corazón; alma y poema.

¡Alma y poema!. Porque se ha dicho que el Imperio Romano es la columna vertebral de nuestra Semana Santa. Pero, por encima de todo, es su verso, su himno triunfal; su partitura. Sin el Imperio nuestra Semana Santo sería grandiosa, seguiría siendo única y emotiva, pero sería una Semana Santa MUDA y no sabríamos distinguir, en el compás de los pasos, cuando hay júbilo y cuando hay tristeza; no acabaríamos de captar el sublime momento de la Muerte de Cristo y su triunfal Resurrección...Y si siempre eres grande y la voz de nuestra Semana Santa, en este día de jueves Santo eres más que nunca el ¡GLORIOSO IMPERIO!

...A su paso, las calles todas, se quedan como esas en las que penetra el mar: rumorosas y crepitantes... Un ansia clamorosa nos empuja a seguirles, tras el reclamo poderoso de los afilados pasodobles. El corazón, de alegría y entusiasmo, se nos sale del pecho... Divisamos la placita de la Veracruz, rebosante de apiñado gentío, adonde afluyen grupos de capiruchos y, firmes y mayestáticas, las primeras Figuras Bíblicas. Tañe incesante la campanita. La tarde tiene un indescriptible color morado, blanco y rojo, de cielo y de túnicas. Incluso, sobre la dulce claridad opalina recortan sus puntiagudas siluetas los verdes florones de los nazarenos de la Esperanza...Acaba de salir el paso de Jesús Preso. Jesús, cautivo, conducido por dos sayones. El antiguo Señor del Aceite en cuya Hermandad, devoto y fidelísima, se agrupaban los olivaderos y labradores de nuestro pueblo. Ese Cristo de mirada baja, compasivo y poderoso, al que podrían aplicarse aquellos versos áureos de San Juan de la Cruz:

“...Mil gracias derramando

pasó por estos sotos con presura...”

Ese Cristo, cuyo autor - mudo de nacimiento - tuvo el rapto genial de hacerle esbozar-
roto - una divina palabra de Perdón, y al que un día - ya lejano le canté:

De judas la traición besó su frente
y a un rugido feroz lo han maniatado;
herido, escarnecido y maltratado,
por la turba es arrastrado el Inocente.
Un sollozo, lastimero y doliente
sobre el miedo y la noche se han clavado;
las piedras, a su paso, se han quebrado
y han llorado las flores y la fuente...
¡PRESO, Tú, mi Señor!. Presas Tus manos
que siempre se posaron en la herida
y fueron derramando bendiciones...
Tus manos, que en raudales soberanos
dieron pan o volvieron a la vida...
¡Por salvarnos, Señor, sufren prisiones...!

Y viene detrás, entre apretado haz de nazarenos albimorados, la Virgen de la VERACRUZ. Ese primor de Dolorosa que no necesita palió para proclamar su grandeza, su soberanía y realeza de Madre y Señora del jueves Santo ¡La Rosa Mística de todos los rosales Virginales de La Puente! ¿Cómo olvidar aquel Tu triste abandono en un desván cuando un día iluminaste a nuestra Cofradía para sacarte del olvido, ser la joya de la Ermita de Tu nombre y la Reina del dolor en esta noche santa...? ¡Virgen de La Veracruz!. Callada y humilde, recogida sobre Ti misma, entrelazadas las manos, pareciendo musitar aquellas palabras que un día respondiste al Arcángel Gabriel: “He aquí la Esclava del Señor”...Y así, pasarás en medio de esta noche de bullicio y esplendores, recatada y en oración, repitiendo, al filo del vértice de la Pasión: “Hágase en Mí según Tu palabra” ¡Virgen de la Veracruz, gloriosa Emperatriz de nuestro Jueves Santo!.

La noche del Jueves Santo
tiene pasión y delirio;
temblor de clavel y lirio
y lágrimas de Tu llanto...
...Y Tú pasas, arrancando,
con Tú dolor infinito
saetas de dulce grito
que en Tu pecho van clavando
Nunca me falte el favor
de Tu Gracia protectora
en mi pena y mi dolor...
Que no se quiebre mi voz
al cantarte a Ti, Señora:
“Que bien los nombres ponía
quien Te puso VERACRUZ..
¡Que nombre más andaluz...!
para exaltar a María
al pie de la Santa Cruz”.

...Y a continuación, entre los cinco Coraceros de la Judea, el singular y valiosísimo templete que guarda la devota Imagen del Señor de la Columna. ¡El Señor de la Columna!. El Titular de la Hermandad de la Veracruz. La Cofradía más antigua de todas las de nuestro pueblo; la que fundaron los Franciscanos en los albores del siglo XVI. La denominada de la Sangre. Aquella que sus hermanos- que el pueblo llamó “valientes” - no sólo utilizaron para unirse a Cristo la vía de la oración y la caridad, sino que apelaron a la penitencia pública, azotándose las espaldas con flagelos. ¡Cuántos siglos de tradición gloriosa contemplamos cada Jueves Santo con el discurrir de esta Cofradía...!

La Cofradía del Señor de la Columna es la raíz y la forja de este humilde Pregonero que se hizo cofrade, desde que nació, en muchas tardes, noches y madrugadas de la mano de su padre y consagrado a Su devoción. ¡El Señor de la Columna!. ¿Cómo no honrar a aquel grupo de hombres - hoy casi todos en el Cielo - que configuraban su devota Cofradía, que tanto lucharon en años difíciles por sacarla adelante, por inculcarla a los más jóvenes a través de los numerosos GRUPOS, que hoy -cuajados y asentados – constituyen su ejemplar Hermandad?...Permitidme, que por un deber de gratitud y porque está y estará siempre ligado o la feliz memoria de esta Cofradía, rinda un tributo de homenaje y recuerdo a la figura - oscurecida y olvidada – de mi Tío CRISTOBAL ORTEGA, uno de los hombres que más ha hecho, calladamente, por la cultura en Puente-Genil. Su escuela ejerció de núcleo generatriz e impulsor de la Cofradía, ya que fue durante cuarenta años su Cofrade Mayor. ¿Cómo no recordarle montando el paso, mimando con cariño aquellas tallas modestas que él consideraba la mayor obra de arte?. Hoy, al recordarlo, creo hablar no sólo por mi boca, ni la de la Cofradía, sino en el de muchísimos pontanenses que cuanto saben lo tomaron de su mano y que se forjaron, como cofrades y mananeros, en la fragua de aquel Maestro:

Jamás podré olvidar al Tío Cristóbal
y aquellas enseñanzas de su Escuela...
Aquel saber. Su gran bondad.
Su mano generosa. Aquella entrega...
Su porte señorial de caballero...;
la hidalguía de su casa siempre abierta...
Cofrade del Señor de la Columna
entregó toda su vida a esta tarea...
Nunca aceptó un homenaje;
nunca tuvo recompensa...
Una flor de mi Pregón.
aunque sea cosa modesta,
es recuerdo y oración
por DON CPJSTOBAL ORTEGA...

Y tras esta emoción me enfrentaré contigo, mi SENOR DE LA COLUMNA, Tú conoces mis penas y mis alegrías, desde niño. ¿Cuántas sensaciones he sentido a Tus Plantas?. ¿Cuántas veces la lluvia nos sorprendió en la calle, me cobijé bajo tus andas, o quise protegerte...? ¿Cuántas lágrimas tras el encierro...? No porque sea mejor, sino porque fue la primera vez que me atreví a escribir un soneto; por ser exponente de muchas cosas y porque se lo dediqué a mi Padre, hoy, desde esta tribuna, sin tocarle un ápice - con la devoción del primer fruto, aunque sea imperfecto -, con emoción, Te vuelvo a decir:

En los Cielos Tu vista está clavada
y traspasa el azul tanta ternura,
perdón, por nuestras culpas, de la Altura

pareces suplicar con la mirada.
Con la Sangre de Dios está manchada
la piedra. Y al dolor de la tortura,
redentora, a los golpes, Tu figura
se eleva con la espalda flagelada.
¡Señor: Hoy ya que entre tinieblas tantas
sin fe la Humanidad vaga perdida,
atado con Tus manos sacrosantas
del Mundo a la Columna corrompida,
sobre el odio y la impiedad Tú Te levantas
como Antorcha de Amor y Luz de Vida.

...¡Y la ESPERANZA!. Cuando todo falta en la vida, sólo queda la esperanza. Y a la noche del Jueves Santo le quedas Tú, Madre mía...¡La Virgen del manto verde!. Aquella que en un rasgo que sólo puede acreditar al talante de las gentes de nuestro pueblo, fue reunido su importe, para que la tallara Amadeo Ruiz Olmos, pidiendo de puerta en puerta, en el durísimo periodo de la posguerra, por un pontanés devoto - Manuel Reina Villafranca - porque no quería que una Imagen de María faltara en el jueves Santo...Esa Virgen de la Esperanza, sencilla y modesta, a la que se le construía un trono de olorosos claveles en la mañana del jueves...Y su Hermandad, ejemplar y mártir, ya que cuando con miles de esfuerzos pudo ponerle palio, vio como el fuego volvía pavesas sus fervientes ilusiones. . . Esa Virgen y esa Cofradía tan queridas por ese excepcional cofrade y mecenas de todo lo nuestro, que fue ANTONIO NAVAS que, generosamente, restauró con suntuosidad todo lo perdido y que, desde el Cielo, sigue siendo el Cofrade Mayor, el espíritu latente, que todos los Jueves Santos, sin que nadie lo vea, aletea entre el raso blanco y verde de los estilizados nazarenos; suspira entre las blondas de las mantillas, que forman la guardia de honor de la Señora y, calado su escapulario, se agita en las trémulas llamas de los cirios que la iluminan; alienta y anima a los bastoneros...Y está presente en todos los balcones, en todas las esquinas, en todas s mecidas de Tu palio ¡Señora de a Esperanza!:

Tierna y prístina flor de primavera.
Sultana Celestial de Andalucía.
Reina y Madre. Mujer. Dulce ambrosía.
De la Gloria divina mensajera.
El pueblo, al que enamoras, Te venera,
Te aclama, con fervor, y en Ti confía...
Y eres Tú Esperanza, Madre mía,
ancla y fe del que sufre y del que espera.
Nazarena Bendita de La Puente
de ojos negros y pecho malherido.
Escucha mi oración -pobre alabanza -
requiebro pecador; lágrima ardiente
del que busca cobijo, desvalido,
bajo el manto de amor de Tu ESPERANZA.

Buscando los pasos caminaremos toda a noche, salvando el largo e hierático cordón de Figuras Bíblicas; entre los encuentros con el ampuloso y desafiante Imperio Romano...Y penetrará, insensible, la Santa Madrugada. Y un año más evocaremos, como un irrecuperable

pretérito, aquellas vigiliias de tocas negras y velas encendidas que a los pies del Terrible, mujeres piadosas, mantenían con profunda devoción en su Santuario, mientras las saetas y los cantos entusiastas, jaspeaban por la explanada del Calvario...Y añoraremos aquellas filas solemnes, calladas y penitentes, que andaban las Estaciones en esta noche Sacrosanta, cuando los Templos no necesitaban cerrojos y un DIOS VIVO, pequeño y confortante, se ofrecía en la grandiosidad de los Monumentos para que todos lo adorasen, Y aquí, significar a la ejemplar Corporación de los Apóstoles que, reunidos como cita el Evangelio “Al caer la tarde” perseveran, junto a otras, en esta hermosa tradición. Y aquí, un recuerdo emocionado - con un nudo en la garganta - al Apóstol BARTOLOME - Francisco Merino - que entre Miragenil y la Concepción; entre un Sagrario y otro Sagrario; viniendo de un templo para llegar al Cenáculo; entre la Tierra y el Cielo; entre un Jueves y un Viernes Santo, en esta madrugada universal de la Pasión, quiso llamarlo el MAESTRO y quiso él acudir con su humildísima túnica de Apóstol como sudario, porque JESUS se había acordado de él, porque le tenía guardado un sitio en el Paraíso...

Después todo se hará difuso, místico, sublime... ¿Se duerme o se vela? ¿Se vive o se muere en esta vigilia solemne?.. Se forzarán un nudo, se abrirá un telón, volarán las horas...Una maraña, cálida y húmeda, saturada de músicas, saetas, suspiros y silencios, prieta de emociones, nos arañará el espíritu; un vértigo sobrenatural nos embriagará, en cuerpo y alma, y nos hará temblar, despiertos, con el primer escalofrío, certero, de que la hora ha llegado... Alguien confraternal, nos cogerá del brazo: - “Vámonos para arriba, hermano, que van o tocar la Diana”...

¡La Diana!. El momento cumbre en la Cumbre. El Cielo y la Tierra que se juntan y estremecen cuando se perfila, valiente, el primer clarín. ¡Cuántos sueños, cuántas lágrimas! . ¿Cuántas leguas se han cabalgado sólo por estar aquí en este celestial momento...? ¿Cuántos vivos, cuántos muertos, cuántas almas erráticas aquí congregadas...? ¿Cuántas “Dianas”, hermano, has perdido...? ¡Ciento veinticinco años llevas sonando, Diana!. ¡Ciento veinticinco años desde que un humilde y casi ignorado Maestro Medina compusiera este Himno de Ángeles! ¡Gloria al Maestro Medina!...¡Gloria a todos aquellos músicos, abnegados e ilustres, que supieron prender al pueblo para que hiciera trasunto divino de este momento, que sólo por vivirlo merezca toda una vida...! Y ¡Gloria al Imperio Romano!. Al de antes y al de ahora; a los “Pajizos” y a los “Coloraos”; a los Capitanes y a las Escuadras...Y a todos los que - como dice la vieja saeta - hacéis posible que esté Jesús bajo el Arco, esperando la Diana...

El “Terrible” comparece ante su Pueblo. Cristo expira, infinito en sus MISERICORDIAS, desde el árbol de su Cruz, ante el MAYOR DOLOR de Su Madre que es confortada, después, por aquel San Juan, veterano y castizo, que le señalaba el camino en el “Sermón del Paso” y que hoy la acompaña al pie de una CRUZ vacía. Y - desde el fanal gótico y azul de su palio - se derraman las lágrimas corredentoras de la VIRGEN DE LOS DOLORES...Y Jesús, majestuoso, comienza a caminar entre el mar de mandas y promesas que le acompañan. Pisa la alfombra de morados lirios y con su andar, poderoso, baja desde el Calvario...Yo Te miro, Señor, cuando Te acercas a mi casa en la indeleble emoción de esta aurora prodigiosa... Viéndote venir me pregunto, como tantas veces, con desgarrar profundo, evocando aquellos versos de Lope: “¿Qué tengo yo que mi amistad procuras, qué interés se Te sigue, JESUS MIO...?”...No puedes seguir avanzando y Te paras en mi puerta. No soy capaz de contemplarte - yo tan alto; tan bajo Tú - descendiendo hasta lo calle, me mezclo entre la gente, Te miro y no puedo sostenerte la mirada, pero quiero acercarme o Ti, me agarro a uno de Tus bastoneros:

Bastonero de Jesús,
escúchame, hermano mío,
acércame, te lo pido

a la sombra de Su Cruz

¿no lo veis caminando
cual Cirineos?
morados y violetas. Pasan
los bastoneros
tienen anchas espaldas
brazos de acero,
para llevar a hombros
al NAZARENO.

(¡Cómo sonaba la horquilla
en otros tiempos,
sobre las piedras heridas
del duro suelo...!
¡Cómo lloraban las gentes
al movimiento,
de aquella mano en el aire
bendiciendo...!
¡Cuántos que un día lo llevaron
y han muerto,
os contemplan y ayudan
desde los Cielos...!)

Al alba de viento dulce
como luceros,
¿no los veis cómo pasan
los bastoneros...?
Sesenta lirios morados
a un sólo tiempo,
para el andar poderoso del NAZARENO...

Bastonero, hermano mío,
Tú que estás tan cerca de El
¿no sientes escalofrío
cuando Te mira y lo ves...?

La luz, pura e indecisa, del templado amanecer se ha ido derramando dulcemente por todos los ámbitos del pueblo, nimbando con tenues caricias el blanco caserío, cubicando de tonos violáceos los contornos indefinidos de su desigual arquitectura, en equilibrio constante sobre la pendiente que sube al Calvario... Nadie se ha dado cuenta de cuándo y cómo ha amanecido. Subimos tras el jadeante redoble de los tambores, empujados por fervorosa multitud, iluminados por fantasmales bengalas..., y era noche cerrada... Bajamos, ensimismados y absortos, arrastrados otra vez por la muchedumbre y, sin darnos cuenta, se ha hecho de día... Sólo los pájaros lo han advertido. La vivaz golondrina - peregrina de la luz y de la sombra - la despertó hoy el himno solemne de la Diana y, acurrucada aún, soñó su primer gorjeo con el clarín - hiriente y solitario - que tenía en vilo a todo Puente Genil. Y ahora, despierta, intenta una y otra vez quitarle las espinas aún prendidas en el cabello lacerado de ese CRISTO DE LAS MISERICORDIAS que eleva, excelso, sus ojos

redentores al esplendoroso cielo...O planea, en un vuelo de plata, que refrena, casi posándose en la filigrana del palio de la MADRE, abierto o la luz naciente.

Desde la Cumbre todo resulta mágico y evocador: Por un lado, la campanita abre puertas y ventanas; por otro, perdiéndose en lo hondonada del río, densos redobles de tambores y aires marciales...Como un cortejo de luciérnagas doradas - en cada blandón arde una fe - avanza la procesión por blancas calles de silencio rasgado por saetas y oraciones...

Y en medio del Calvario, anclada, como uno nave gloriosa y soberana, en su paso de blanca flor y refulgente plata, sola e Inmaculada, como bajada del cielo: LA VIRGEN DE LOS DOLORES. Azul y blanco como una ebúrnea y celestial Azucena, brotado sobre el áspero empedrado de la mística explanada. Todos los pájaros le cantan. Todas las flores La perfuman. Rodeada de su Hermandad, todos los ojos la miran y hay, un rosario de piropos contenidos, de saetas estranguladas en la impotencia de muchas gargantas, por cantarle:

No hay Dolor, semejante a Tu Dolor
ni hermosura semejante a Tu Hermosura;
que no hay flor, que entre espinas de tortura,
florezca más fragante que Tu Flor...
No se encierra en un pecho más Amor,
ni hay mirada más llena de ternura...
No hay quebranto, ni pena, ni amargura
que puedan compararse a Tu Dolor...
Yo no sé, Madre mía, consolarte,
ni aliviar Tu Dolor: sólo adorarte...
¡Que lo griten las piedras y las flores
y a Tu paso los vientos lo pregonen...!
¡Que los Cielos y Tierra Te coronen
Reina y Madre, MARIA DE LOS DOLORES...!

...¡Jesús en Santa Catalina!. ¡Calle de las reverencias, del arte, de la tradición!. Calle emblemática que guarda, como reliquia, el alma antigua de Puente Genil: Borradas las aceras. Los altos balcones, donde el hierro es arte, contienen las miradas ansiosas de los que esperan. Jesús, conmovido y conmovedor, va recibiendo el homenaje oferente de toda una Biblia andante, cuyos atributos se elevan en oblación.. Allí están: Los pérfidos “Jetones”; los hipócritas y altivos Fariseos; los Falsos Testigos; el infame Sanedrín...Moisés, con las Tablas sacrosantas, junto a los venerables y ancianos rostros de Profetas y Patriarcas e, impertérritos, los doce Apóstoles...Y los ojos desencajados de Judas; las lágrimas de San Pedro, pregonadas por el kikirikí, altivo en la mañana, del blanco gallo...; Barrabás, mira con desfachatez a las aceras; Longinos, ciego, busca a un lazarillo extraviado, que ríe, con sorna, las torpezas de su Amo...Y la dulzura adorable de la Sibila de Cumas; la heroica de Judit ; la lujuria, vencida, de a Mujer Adúltera, junto a la candidez, recatada, de la Samaritana...; la insobornable sabiduría del Rey Salomón; la arrogancia de Anás, o, la rubia, amorosa y sollozante, Magdalena...¡Todos!. Reunidos miles de años, de pueblos, al conjuro de la Soberana Potestad...Y hasta el soberbio e inabitable Imperio Romano, depone sus armas de plata y oro ante la “Terrible” mirada del NAZARENO...

.Y debajo de cada rostrillo, una emoción. El sudor y las lágrimas, fundidas, de muertos y vivos. El sudor y las lágrimas de todos. El sueño y la ilusión de todo el año.

“¡Señor, que pueda hacerte la reverencia!”. Manos firmes bajo el fino guante de la lujosa Figura. Bajo el rico atuendo, del oro y del terciopelo, un corazón pontanés, latiendo, desbocado, en cada vaivén de la reverencia. Debajo de cada casco bruñido, de la pedrería y el albo plumero, un sentimiento común; en el puño de refulgente espada o flamante lanza, una mano abierta de hermandad.. Y hay largas saetas, de balcón a balcón, haciendo la calle

íntima como un retículo de místicos sentimientos, donde el espíritu se ensancha y el alma, purificada, se reencuentra con sus más puras raíces...Y en el alboroto meridiano de la calle de la Plaza brillará todo como un ascua de fuego sagrado. Será un calidoscopio de arte y sensaciones. Y, a la sombra del añoso eucalipto del Paseo, evocaremos la cantinela del romancillo del Sermón del Paso - en la voz siempre viva de Francisco Moyano - reviviendo la cobardía de Pilatos, la candorosa voz del Ángel y aquellas monedas que Judas lanzaba a la multitud...Y el río y el puente, eternos y abrazados, contemplarán como pasa Jesús - lento y majestuoso en su caminar de siglos - en busca de Miragenil al revivir, emocionados, el Encuentro con su Bendita Madre de los Dolores...

Y subir luego, confortados, otra vez hasta la Cumbre, en el impresionante realismo de esta tarde que recuerda, fielmente, aquella otra del ascenso al Gólgota...Y cuando el sol se haya puesto y otra vez la luz malva se desmaye en las alturas tornasoladas y digamos adiós a Jesús; y otra vez las Figuras le rindan homenaje con ese patético: Padre mío, hasta el año que viene si Tú quieres... y el Cristo de la Misericordia exhale, con la tarde, el último suspiro y contemplemos el desconsuelo de María en la CRUZ vacía y, entre cantos y saetas, se recoja la Virgen de los Dolores..., una afilada pena taladrará nuestro pecho y buscaremos, cabizbajos, un rincón de la Plaza del Calvario para verter una lágrima, porque todo nos gritará - como cuando éramos niños- que el NAZARENO ha muerto:

Silencio de pena honda.
batalla de sombra y luz
de luto la Tierra toda
porque se ha muerto Jesús
y está de Duelo la Gloria...

...Y otra vez la muchedumbre, rota y cansada, marchará tras los tambores, más roncós y entristecidos en la noche. Y bajaremos, sonámbulos y compungidos, entre los vuelos fúnebres de los plumeros y resonándonos el corazón, estremecido y penitente, al paso inmortal del “GLORIA AL MUERTO”.

¡NOCHE DEL VIERNES SANTO! Aún hay que sacar fuerza, muchas fuerzas, exprimir el alma - preñada de emociones - para vivir, intensamente, esta mágica y única noche del Viernes Santo en Puente Genil. Esta noche larga en que, perdidos en el evocador laberinto de las calles del Barrio de la Isla, cansados y maltrechos - con el aliento húmedo del Genil llegándonos hasta los tuétanos - con el espíritu contrito, hay que dolerse; hay que sentir y mantener los poros del alma bien abiertos para rezar, para callar, para tratar de entender esa conjunción de contrastes - única y excepcional - entre lo lúdico y lo trágico; entre lo ancestral y lo divino; entre lo trivial y lo escatológico; entre lo absurdo y lo patético entre lo apolíneo y lo dionisiaco; entre lo profano y lo místico...Esta noche se nos ofrece como una miscelánea gigantesca, dentro de ese mosaico prodigioso que es en sí - por la Gracia de Dios - nuestra simpár Semana Santa.

Al golpe de un seco tambor, nos encontraremos con la severa Imagen del Santísimo Cristo de la BUENA MUERTE y al rezarle, conmovidos, se nos vienen a la mente aquellos versos del portentoso soneto - flor de nuestra mística - “No me mueve mi Dios para quererte...”, o aquellos otros que en San Marcos, de León, un día nos sobrecogieron:

“Ni los clavos, ni el madero
me tienen aquí enclavado
sino sólo tu pecado
y lo mucho que te quiero...”

.Y al verlo pasar, solemne y conmovedor, suplicaremos a los hermanos que lo llevan: “Levantad despacio, hermanos, no vayáis a despertar a Todo un Dios, dormido, sobre el Madero de la Cruz ...” ...Y desde el Paseo de la Victoria, esperaremos a la VIRGEN DE LAS

ANGUSTIAS, la Madre de los Ausentes, que allí le cantarán su himno como enternecedora plegaria. Y viéndola venir, mecida a marcha lenta, entre la exuberancia de exóticas flores en la que las rosas imponen su primacía, añoraremos aquellos años en que los “grupos” de capiruchos, sobrepasaban la decena, rivalizando en gritos fervorosos en esta noche mágica. Y evocaremos a algunos de sus cofrades ejemplares - hoy por permiso especial de la Virgen presentes - que aún parecen apiñarse junto a Ella, y aconsejar, inquietos, por entre los varales y filas de alumbrantes: José Morales, Carlos Ortega, Leonardo Reina, tío Carlos Melgar, Lorenzo Reina...; que tanto lucharon por el esplendor de esta Hermandad señera, piedra angular de muchas de las consagradas tradiciones de esta noche...

Una Cruz sobre el Monte ensangrentado.
un ocaso de muerte. Triste escena...
Y María abatida por la pena
con Cristo, en su regazo, destrozado.
llora Juan, el Apóstol tan amado.
besa, yerta, una mano, Magdalena...

Se inclina, marchitada, la Azucena
sobre el cárdeno Lirio ya quebrado...
¡Oh Madre que de ANGUSTIAS traspasada
a Tu Hijo nos muestras Redentor,
transida de amargura y de quebranto...!
...La espada que en Tu pecho está clavada...
Tus lágrimas sublimes de Dolor,
son la aurora y la luz del VIERNES SANTO...

Y después, mientras se van acercando, en oleadas desconcertantes, los ecos destemplados de los “Picoruchos”, sencillo, eternamente joven, castizo como ninguno en su trivial clasicismo, el singularísimo paso de SAN JUAN. Del San Juan del “Barrio Bajo”, porque siempre lo hemos conocido así. Con enorme cariño, con admiración a su fidelísima Hermandad que, con enormes sacrificios, consiguen todos los años ponerlo en la calle y el flamante cuerpo procesional que le acompaña; con sus túnicas verdes y rojas, y, blancas y flotantes, capas de seda al viento...Y el Pregonero evoca, aquellos años de niño - cayéndosele los ojos, pero abiertos de par en par - tras los cristales de un balcón de la calle de la Plaza, sobrecogido por los tambores del Apostolado, por la guadaña de la Muerte y el tridente del Demonio, que arañaban los ventanales. Y, aquel momento en que desde los balcones, las mujeres más guapas, tiraban ingenuos “chinitos” al imposible dedo de San Juan, esperando el atinarle, como segura promesa de matrimonio...Aquel repicoteo de cristales; el chirriar de las cadenas; las cajas destempladas; el olor del acetileno y la música frenética del “Trípili”, se funden en mí como en una eterna Caja de Pandora, de sublimes sensaciones y agudos contrastes... De añoranzas inolvidables...

¡LOS PICORUCHOS, con la Muerte y el Demonio! Quién no entienda esta página sublime, este aguafuerte poderoso y singular de nuestra Semana Santa, no sabe nada de teología popular, no conoce la metafísica de los pueblos. No entiende lo andaluz, ni como expresa y conjuga sus sentimientos religiosos. ¡Qué vengan a verlo todos los teólogos, los exegetas, los antropólogos... Y, al sentir estos tambores; arrastrarse las cadenas y la saeta hiriente de los “Miguelones”, con el vello de punta y las venas abiertas, entenderán el sentido profundo de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo Nuestro Señor...

Interpretando toda la noche el “Gloria al Muerto”, el Imperio Romano entra y sale, poniendo un vuelo de águilas en el aire estremecido de la calle. Y, aunque viene muy despacito, - “Prisionera de las rosas”, como canta el verso lorquiano - entre una interminable

fila de enlutados penitentes y un mar de promesas; aunque sea muy tarde y el cuerpo se rinda, todo el mundo espera a la Soledad, ¡LA SOLEDAD! : ¿Qué decirte a Tí, Madre mía, que ya no Te hayan dicho...? ¿Qué cantarte, si todo aquel que Te contempló alguna vez cayó, rendido y absorto, ante Tu soberana belleza?. ¿Cómo expresar el infinito encanto de Tu prodigiosa Imagen; ese candor de NIÑA AFLIGIDA, ese estremecedor escorzo con que el escultor RUIZ REY quiso eternizarte para su Pueblo...? ¿Ese intenso recogimiento; ese comprimir con Tus delicadas manos el dolor de Tus entrañas y de Tu pecho por la Muerte del Señor...? ¿Ese suspiro, inconcluso y atravesado, en que se entreabre Tu boca; ese gesto doliente; esa exquisitez de Reina, de Señora, de Madre, que nos hace en esta madrugada aclamarte, una y otra vez por las calles de Tu barrio...!. Si Tú das vida en esta noche de muerte a la decadencia de ese barrio adorable: Tú pones en pie, con Tu dulzura, la ruina lamentable que se amontona en algunas de aquellas casas, cuyos habitantes - desterrados por el Río o la indigencia - tuvieron que abandonarlo un día y hoy se reencuentran, vuelven a verlo vivo, cuando Tú pasas, ¡Soledad!:

Frágil lirio tronchado por el viento.
Relicario de amor. Blanca Azucena.
Soledad. ¡Soledad!. Tu nombre suena
a grito desgarrado y a lamento...
Imagen del dolor y el sufrimiento.
Soberana de1 llanto y de la pena.
Señora de las sombras. Luna llena
en la noche de duelo y de tormento...
¡Virgencita pequeña y afligida
de La Puente la Madre más querida...!
Cuando pasas, preludio de la aurora,
aclamada al fervor de Tú Hermandad
el Barrio de la Isla entero llora
con Tu nombre en los labios: !SOLEIDAD!

(Suena la saeta:
Sale el Sol sale la, Luna
no es de noche, ni es de día,
que hasta las sombras alumbran
que va pasando MARÍA...)

Y así Divina Hermosura,
María por las calles pasa,
pisando una larga senda
de requiebros y plegarias.

Al eco de unos tambores
una cadena se arrastra...
“Los Picoruchos” retumban
por esquinas solitarias,
llenando todos los vientos
con su agónica tocata...
Un hálito, dulce, de anís,
entona la madrugada
y las coplas del “Rosario”

entre rosas se desgranar...
Y en los cerrados balcones,
y en la cal de las fachadas;
en las calles conmovidas
y en la sonámbulas plazas,
manos de carmín y oro
asoman la luz del alba...

El Sábado Santo, reparado el cuerpo con el descanso y fortalecido el espíritu con la contemplación del Misterio de Cristo Muerto, todo será duelo, respeto y silencio. Una emoción indescriptible nos desgarrará el alma, herida inevitablemente de melancolía profunda e infinitas nostalgias... La procesión del Santo Entierro tiene un sello de gloriosa majestad: Contemplaremos la interminable teoría de negros encapuchados y amarillos cirios, que acercan la maravillosa urna - prodigio de arte y severidad - en la que yace muerto el cuerpo del Redentor. Nuestro ser se conmueve al escuchar los sonos graves y funerales del "Inexitud". Y otra vez aquí, el Pregonero, evoca con cariño y lamenta su desaparición, de aquella "Capilla", aglutinada por la entrañable familia de los "MISAS", nutrida por enlutados caballeros que entonaban fúnebres y litúrgicos salmos par la Muerte del Mártir... Y también, constatar las saetas purísimas, la fidelidad inmarcesible del ejemplar Grupo del VIEJO PELICANO, hay injertado con jóvenes esencias, siempre firmísimo a los pies del Santa Sepulcro y a los que - y en ellos a todos los grupos de alumbrado - rindo homenaje de cariño y admiración:

"Pelicano "de viejos pechos
Y flor de jóvenes ramas.
¡Cómo os admiro a vosotros
Pelícanos de vieja raza...!
El "Pelicano "no ha muerto
que en Sangre Eterna derrama
el alma de sus canciones
y el corazón de sus ansias...
Y con los pechos heridos
hoy, como ayer o mañana,
están sus hombres en pie,
con un grito en las gargantas
para con una saeta
o con un "viva" entusiasta
llenar de vida los ecos
de una edad nunca pasada...

Sábado Santo!. Todo se ha consumado. Hoy no caben ni las trompetas augustas, ni tan siquiera las cajas destempladas. Sólo el silencio y el canto funeral:

La calle una larga senda
de sombras y de luceros...
¡Silencio, que pasa Cristo
y es un Cristo que va muerto...!
La Cruz de Jerusalén
sobre los capuces negros.
Llanto en cera derretida
y un horizonte deduelo...
Entre agonizantes lirios,

espesa nube de incienso.
Tres clavos y una corona.
La Cruz. Un sudario al viento...
¡Las LAGRIMAS de María
no caben en un pañuelo...!
Un aroma funeral de sándalo y de romero.
¡Cómo clavan, cómo duelen esas notas del “Inexitud”...!
¡Ay, pena! Que pasa Cristo
y es un Cristo que va muerto...

Y cuando ya se perfila en el aire embalsamado de las torres el alborozo de las campanas de gloria, la cruz oscilante de la VIRGEN DE LAS LAGRIMAS, se ocultará en la Ermita ribereña, llevándose Ella, clavadas en su pecho, las últimas saetas y las últimas emociones semanenteras...

En el alborear del Domingo de Pascua todo el pueblo despertará alborozado. Las campanas de los templos tocarán a rebato de alegría. Los hermanos de la Cofradía del RESUCITADO, aguardaron el momento glorioso en que se rompiera la losa del Sepulcro, adornándolo de flores blancas. Se volverá a encender el Cirio Pascual que, con una llama nueva cada año, renace con el palpito primaveral de la vida y la antorcha del Espíritu, que nos iluminará en las permanentes tinieblas de la existencia cotidiana. Todo es júbilo, vigor y ansias de vivir en ese milagro que todos los años puntualmente se produce en cada cuerpo y en cada corazón y, que no es otra cosa que el Pentecostés, anticipado en cincuenta días, que hoy aletea sobre todos los hombres y mujeres de Puente Genil, que han vivido una Cuaresma santificante, una Semana Santa pródiga en sentimientos y que ahora participan, clamorosos, del júbilo universal por la Resurrección de Cristo.

De entre toda esa sinfonía de campanas sobresaldrá, con nuevo brío, el campanillo del Santuario Nazareno, que llama a los pontanenses proclamando la Buena Nueva: ¡EL TERRIBLE ha resucitado!. Ha resucitado y está allí vivo en el Sagrario y repuesto en su devoto camarín más Padre generoso, después de haber recorrido nuestras calles. En El, las palabras del Evangelio de San Mateo: “Venid a MI todos los que sufren y tienen cargas que Yo los consolaré”.

¡Jesús ha resucitado!. Y los primeros que acuden a certificarlo-después de que una innominada María Magdalena lo haya proclamado por todas las calles - son las escuadras del poderoso Imperio Romano que, otra vez, han devuelto el blanco impoluto a sus plumeros y hoy, convertidos, depuesta su jactancia, acuden al Nazareno para acompañarle triunfante, poniendo brillante colofón a nuestra Semana Mayor...Todo lo grita: ¡Cristo ha resucitado!. Porque estaba escrito. ¡Porque tenía que salvarnos...!.

Te contemple' aquella tarde,
claro DOMINGO DE RAMOS,
entrar alegre, entre niños,
entre palmas y entre cantos.
EL LUNES Te vi solemne,
al esplendor del ocaso,
dejándonos Tu Cuerpo y Sangre
para siempre en el Sagrario...
AFLIGIDO...En la cruz muerto
- Santo CRISTO DEL CALVARIO -
o en SILENCIO por las calles

dolientes del MARTES SANTO...
LAVANDO, pobre y sublime,
los pies a Tu Apostolado;
sudando sangre en el HUERTO
por un Ángel confortado...;
y HUMILDE, siendo Tú Rey,
Señor del MIERCOLES SANTO...
Entre dos sayones PRESO;
a la COLUMNA amarrado...
Abrazado a dura Cruz
mi 'TERRIBLE " Soberano...;
clamando MISERICORDIAS
en el Madero expirando...;
o dulce en la BUENA MUERTE...
De Tu Madre en el regazo
y repartida Tu túnica
entre los cuatro romanos...;
Muerto en SEPULCRO de oro
en el Entierro del Sábado...

Hoy pregonan las campanas
que Cristo ha RESUCITADO...

Que Cristo resucitó
al despuntar la mañana:
Lo anuncia Miragenil
y en la Estación ya lo aclaman
trayendo a Cristo triunfante
por avenidas lejanas,
entre acordes de cornetas
y un mar de túnicas blancas...
¡Qué Cristo resucitó'...!
Puente Genil lo proclama:
Gentes de todos los pueblos,
verán en la Matallana
a toda una Biblia andante
hecha catequesis plástica...
¡Todo el Imperio Romano...!
¡Toda la Historia Sagrada...!
¡Qué Cristo resucitó
lo pregonan las campanas...!
Puente Genil lo celebra
con el cuerpo y...con el alma.

Y, cuando la portentosa Imagen de Cristo Resucitado, se pierde entre clamores, camino de su alejada Parroquia del Carmen.

Cuando el Imperio Romano le acompaña con su última marcha y, entre palmas y vítores, recorre por postrera vez la Matallana...Cuando la última Figura, el último nazareno, han regresado a sus cuarteles y todos nos sentimos ausentes y tristes porque nuestra Gran

Fiesta ha terminado... Cuando contemplemos, como testimonio elocuente, las calles sucias de cera; nos siga sonando en los oídos la inmortal campanita y veamos tan lejísimos la del año que viene... La Semana Santa ha terminado...Pero no, en Puente Genil, la Semana Santa no termina nunca, sólo PASA, porque desde el mismo Lunes de Pascua, los niños sueñan y ensayan por las calles pasos, marchas, posturas, sentimientos... juegan - divino juego - a la Semana Santa...Y así, plasmarán esa preciosa remembranza de las procesiones del DIA DE LA CRUZ, que nos plantearán todos los años la misma pregunta: ¿Son los niños los que juegan a ser “grandes” o somos los “grandes” los que, purificados, jugamos a ser niños...?. Y otra vez, en esa preciosa miniatura, volveremos a sentir el fuego semanadero...

¡Y vuelta a empezar!. En todos los días y épocas la “Mananta” omnipresente. Se iniciarán proyectos, reformas...Todo el año, manos anónimas y artistas, laborando con fe, mientras las plegarias devotas se seguirán posando, a diario, a los pies de las veneradas Imágenes en la penumbra silente de sus capillas...Y todos contaremos, ansiosos, los días que faltan para otra Semana Santa...

Este Pregón llega a su final. Pido perdón por su extensión abusando de vuestra atención al considerar que los que aquí estamos no nos cansamos de sentir juntos. Rememorando aquellos versos del poeta Miguel Hernández:

.Aquí estoy para vivir
mientras el alma me suene;
y aquí estoy para morir
cuando la hora me llegue...”

¡Cuando la hora me llegue!. Cuando el “TERRIBLE” me llame estaré presto a Su llamada. Sólo le pido, un rinconcito de la Gloria Manantera que simule un CUARTEL, pobrecito e íntimo, donde en la Eternidad infinita de los tiempos, poder juntarme con tantos y tantos “manaderos” y cofrades, que de seguro la pueblan, por haber luchado, entre lágrimas y alegrías, royendo el pan de cada día; laborando por llevar, a través de nuestras Cofradías, gentes buenas a Cristo... Y, sino es mucho pedir, que por un desconchoncillo de ese Cielo esplendoroso, al llegar la Semana Santa me deje entrever: UN PASO DE PALIO, encendido, entre el incienso, mecido despacito..., despacito, por una calle estrecha..., estrecha, que parezca que no cabe, y al compás de una marcha... En un ángulo de un cuartel, el Jueves Santo, escuchar una CUARTELETA, cantada con sentimiento...Y asomarme, con todos los míos, por una rendija de la Gloria, para ver al “Terrible”, en el momento supremo de la DIANA... NADA MAS...Y NADA MENOS...

Queda aquí mi corazón.
Aquí mi amor más sincero
de ofrecerme por entero
fundido en este PREGON...
Y una última atención.
Suspiros de un PREGONERO:
Cuatro espinitas que llevo
en el alma mal ‘clavás’
No haber sabido CANTAR
no poder ser COSTALERO;
del Imperio CAPITAN,
ni un VIERNES SAIVTO ayudar
con mi hombro al NAZARENO...

HE DICHO